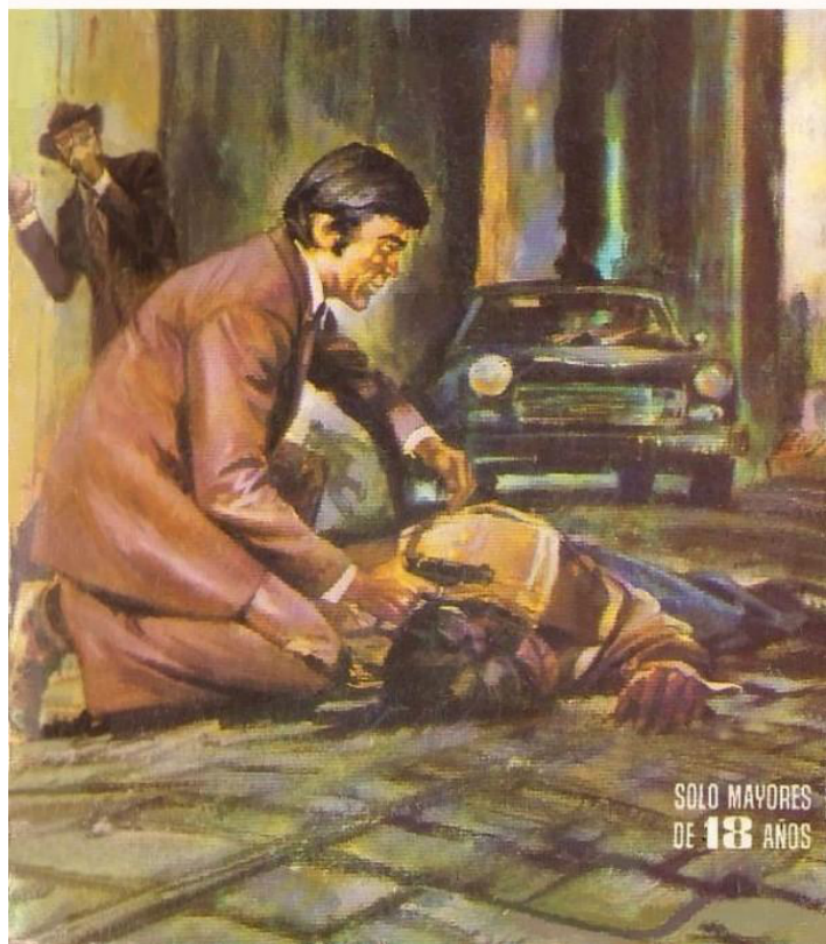


BOLSILIBROS
BRUGUERA

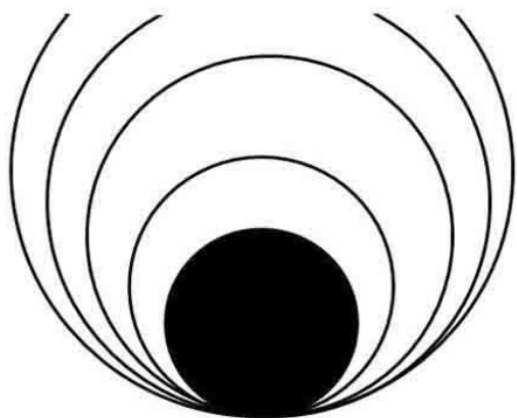
PUNTO
ROJO

ANGEL EXTERMINADOR

Curtis Garland



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**ANGEL
EXTERMINADOR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 989
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 4.922 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1981

© Curtis Garland - 1981
texto

© Miguel García - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.590. — Halcón de plumas de oro.

En Colección PUNTO ROJO:

981. — Asesinatos en Cemetery-Street.

En Colección LA HUELLA:

134. — Pasaje sin salida.

Mía es la venganza, dijo el Señor.
Antiguo Testamento

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba lloviendo ligeramente en el aeropuerto de Nueva York cuando descendí del avión procedente de Chicago.

El reactor de la Eastern Airlines tomó tierra en su zona habitual, al sudoeste de las pistas, junto a Van Wyck Expressway. No tenía que esperar equipaje alguno porque solamente llevaba mi pequeño maletín de ejecutivo y un rollo de diarios y revistas ilustradas por toda valija. En realidad, estaba impaciente por hallarme de regreso junto a mi querida Jenny.

Volviendo la vista atrás, a los días pasados en Chicago con motivo de la convención de nuestra cadena comercial, me resultaba todavía sorprendente la impaciencia con que mis compañeros casados se lanzaban a la aventura amorosa, casi siempre con una profesional no precisamente barata, apenas pisaban una ciudad donde se veían liberados de sus esposas. Ciertamente que ellos llevaban años casados, y Jenny y yo solamente unos escasos meses, pero aun así seguía pareciéndome absurdo ese afán de la mayoría por desahogarse con mujeres públicas, en muchas ocasiones infinitamente menos agradecidas que sus mujeres.

La triste conclusión que uno saca de estas situaciones, es que los hombres somos, en la mayoría de los casos, bastante necios. Sobre todo, aquellos compañeros míos que después de haber pagado religiosamente cada minuto del tiempo de su pareja, aún presumen de conquistas y de irresistible atractivo masculino.

No podía por menos de sonreír evocando todo eso mientras me ponía la gabardina para caminar hacia el *parking*, donde había dejado mi coche al salir de viaje, puesto que Jenny tenía el suyo propio para sus desplazamientos por la ciudad.

Poco después rodaba por la carretera a considerable velocidad, sobre el asfalto mojado, ansiando reunirme con Jenny en nuestro pequeño *bungalow* de Queens.

Siguiendo el trazado de Van Wyck Expressway, pronto me encontré en South Ozone Park, y llegando a Rockaway Boulevard, avistaba en la distancia los *bungalows* y residencias de Richmond Hill, una de cuyas edificaciones rodeadas de altos setos y zonas de césped bien cuidado era precisamente la nuestra.

Pasé junto a un coche-patrulla de la policía, aparcado justo al lado, en la esquina inmediata a nuestra vivienda, y me detuve ante la casa. Sus luces estaban apagadas. Miré mi reloj a la luz del tablier. Eran ya las nueve y veinte minutos. Pero a esa hora, Jenny no estaba nunca en la cama. Me pregunté si habría olvidado nuestra conferencia telefónica del día anterior, confirmándole mi llegada para esta hora y fecha, y se habría ausentado al cine o a casa de alguna vecina.

Observé la presencia de otro coche policial, aparcado algo más allá, pero no le concedí demasiada importancia y, bajando del coche, abrí la puerta, como de costumbre, para dejar el paso franco al garaje del jardincillo. De paso, hice sonar el claxon tres veces. Si Jenny estaba en casa, acudiría rápidamente a esa señal.

Pero no sucedió nada. Las luces continuaron apagadas tras las ventanas. Introduje el coche en el garaje. Cerré la puerta de éste y caminé hacia la entrada, preguntándome cómo había podido olvidar Jenny mi regreso, tras esos cinco días de separación con motivo de nuestra convención de Chicago.

Apenas había dado unos pasos por el sendero de grava, que crujía húmedo de lluvia bajo mi calzado, cuando observé que dos hombres venían hacia mí. Ambos vestían uniforme negro. Eran agentes de policía, patrulleros de uno de los coches aparcados cerca de la casa.

Sonreí. Tal vez habían pensado que era un intruso en mi propia vivienda, aunque bastante raro resultaría que un ajeno metiera su coche en la propiedad si pretendía merodear por allí. Me detuve, mirándoles curioso.

—Buenas noches, agentes —saludé—. Creo que deben sufrir un error. Soy el dueño de esta casa.

—¿Es usted, entonces, el señor Harry Kane?

Asentí, más sorprendido todavía al oírme mencionar por uno de los agentes. Advertí que su expresión era seria, lo mismo que la de su compañero. Había en su mirada una cierta severidad con una

mezcla de incertidumbre.

—Si —respondí—. ¿Qué ocurre?

—Por favor, ¿quiere venir con nosotros? —invitó uno de ellos, tras un carraspeo.

Me quedé perplejo. Aquello, pensé, no tenía mucho sentido. Pero opté por verlo por su ángulo optimista.

—¿Esto significa que estoy detenido? —pregunté.

—No, no, señor Kane, nada de eso —se apresuró a decir el patrullero, con tono de apuro—. Ni mucho menos. Es... es un ruego que le hago. Por favor, no pregunte y venga con nosotros. El teniente McDowall desea hablar con usted.

—¿Y quién es el teniente McDowall? —indagué, empezando a sentirme preocupado—. Agente, ¿qué es lo que está sucediendo, exactamente? Todo esto no tiene demasiado sentido...

Los dos agentes se miraron en silencio. Parecían incapaces de explicarse. Al fin, uno de ellos meneó la cabeza con desaliento.

—Es igual, señor Kane. Tiene que saberlo de todos modos. Su esposa...

Sentí una especie de sacudida eléctrica. Miré la casa en sombras y, de repente, algo helado recorrió mi espina dorsal y me hizo daño en el cerebro.

—¿Qué le ocurre a mi esposa? —murmuré con voz ronca—. ¡Hable, por Dios!

—Por eso le pedía que viniera con nosotros, señor Kane. Ha... ha sufrido un accidente.

Está en el hospital. Allí espera también el teniente McDowall, señor Kane...

—¡Vamos! —rugí, sintiendo temblar mis piernas—. ¿A qué estamos esperando, por el amor de Dios?

Corrí hacia su coche. Instantes después, a velocidad vertiginosa, haciendo sonar la sirena, volábamos materialmente hacia un centro hospitalario de Manhattan. Yo no me atrevía a preguntar nada. Y creo que ellos tampoco se atrevían a dar explicaciones.

Un oscuro, terrible presentimiento, permanecía fijo en mi mente, helándome las ideas.

En el fondo, creo que no quería *saber*, que tenía miedo por enterarme de los detalles.

Cuando llegamos al centro hospitalario, creo que las luces del

mismo, brillando en la noche lluviosa, bailoteaban ante mis borrosas pupilas como un caos de resplandores fantasmales. Recuerdo vagamente que corrimos uno de los agentes y yo hacia la entrada, que una enfermera de rostro tenso nos franqueó el paso, haciéndose a un lado, y que tambaleante, inseguro, avancé a largas zancadas por el amplio vestíbulo, al encuentro de un hombre fornido, de impermeable sin abrochar, pantalones arrugados y rostro sombrío, que mordisqueaba la punía de una boquilla con un cigarro de esos que se utilizan precisamente para no fumar.

—¿Señor Kane? —me preguntó con un brusco tono de voz, sujetándome por un brazo con energía.

—Sí —gruñí ásperamente—. ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra ella? ¿Qué ha ocurrido?

—Cálmese —me pidió él—. Su avión llegó con retraso, ¿no?

—Sí —asentí—. Cosa de veinte minutos. Había una tormenta en el camino. Pero por el amor de Dios, no hablemos de eso ahora. Mi esposa, Jenny... ¿qué le sucede? Quiero verla.

—La verá ahora mismo —suspiró, meneando la cabeza de un lado a otro, con desaliento. Luego la inclinó, como si le interesara mucho contemplar las puntas de sus gastados zapatos—. Lástima de retraso, señor Kane. La hubiera podido llegar a ver con vida...

Me quedé helado. Le miré, sintiendo un profundo horror en todo mi ser, la sensación espantosa de que el suelo se abría bajo mis pies y todo se fundía en negro.

—¿Viva?— repetí, en un estertor.

—Sí, señor Kane —murmuré, dando media vuelta con brusquedad—. Venga conmigo.

Su esposa falleció hace diez minutos. Lo siento...

Allí estaba Jenny. Mi Jenny. Muerta.

Parecía dormida. Pero no lo estaba. Su sueño era ya eterno. No respiraba. No se movía. Ya nunca más respiraría, hablaría ni se movería. Seguía siendo joven, hermosa, atractiva y dulce. Pero estaba muerta.

—Dios mío... —Creo que es lo único que dije—. Jenny... Querida Jenny...

Sentí ganas de gritar, de llorar, de desgarrarme la ropa, de golpear mi cabeza contra las blancas paredes del depósito del

hospital. Pero no hice nada de eso. Aquel extraño frío que me invadiera, continuaba allí, alojado en mí, dominando mis sentimientos, mis reacciones.

Mi acompañante se acercó a la mesa donde el cuerpo de ella estaba cubierto por la sábana, ahora con la excepción de su cabeza de suaves cabellos dorados. Me miró fijamente y comentó:

—Quiero que vea algo, señor Kane. No va a ser agradable. Pero tiene que verlo.

Le miré sin entender nada. Estaba tan aturdido que ni siquiera la había preguntado cómo sucedió. Un médico y un enfermero me habían mirado compasivamente al verme entrar en el depósito, y habían llamado al hombre «teniente McDowall».

Levantó de pronto gran parte de la sábana, hasta la cintura de Jenny. Creo que lancé un grito ronco y me tambaleé. El hombre acudió a sujetarme. Noté sus rudas manos aferrándose con energía por los hombros.

—Sé lo que siente —dijo con voz ronca—. Pero era necesario que lo supiera.

Miraba demudado, lleno de horror e incredulidad lo que el policía me mostraba con tanta rudeza. El rostro de Jenny aparecía sereno y tranquilo, como si la suya hubiese sido una muerte dulce, suave.

Pero no lo había sido.

Sus bellos senos aparecían cubiertos de arañazos, de magulladuras y hematomas. Su estómago, su vientre, habían sido piadosamente cubiertos por unos vendajes, sin duda en una intervención quirúrgica de urgencia, pero la sangre empapaba aquellas vendas en varios puntos, oscureciéndose por momentos. Alucinado, retrocedí unos pasos y miré a aquel hombre, musitando con voz que ni yo mismo reconocí:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le pasó? ¿Un accidente? ¿Un atropello, un choque...?

—No, señor Kane —negó lentamente el policía, sin dejar de mirarme—. Nada de eso. A su esposa la atacaron esta noche.

—¿Qué?

—Fue agredida por unos salvajes. Pretendían violarla. Se defendió, gritó... Logró asustarles y los puso en fuga. Pero uno o dos de ellos perdieron la cabeza y, temiendo, que sus gritos

alarmaran a la vecindad y pudieran darles caza, la acuchillaron brutalmente.

—¡No, no! —rugí.

—Lo lamento, señor Kane —respiró, hondo el hombre—. Es lo que ocurrió. Tenemos un testigo. Y un detenido. A su esposa la asesinaron cuando se dirigía precisamente al aeropuerto para darle a usted una sorpresa y recibirle allí...

CAPÍTULO II

Asesinada.

Ése había sido el trágico final de mi joven y bella esposa. De mi adorada Jenny. Sólo cuatro meses después de nuestra boda... unos salvajes, unos malditos y sucios navajeros habían terminado bestialmente con su vida, cuando ella se defendió de un intento de violación.

Después supe otros muchos detalles. Su rápida agonía, la desesperada intervención quirúrgica, totalmente inútil, dados los destrozos que los aceros, dos al menos, habían causado en su bazo, hígado e intestino. Murió pronunciando mi nombre.

El hecho había ocurrido justamente en el propio Queens, en Springfield Gardens. Al parecer, mi mujer había pasado la tarde con los Howard, nuestros amigos con residencia en Linden Boulevard, dada la ruta que seguía, para dirigirse al aeropuerto Kennedy.

Aunque había un testigo casual de los sangrientos hechos, al parecer no existía mucha seguridad en la forma en que todo ocurrió. Posiblemente, interceptaron su coche de alguna forma en una zona poco habitada y con escaso tráfico, y la rodearon intentando abusar de ella, tras obligarla a salir del coche, tal vez con amenazas. El testigo sólo estaba seguro de los hechos que culminaron con la agresión fatal. Según su testimonio, un par de jóvenes con cazadoras de cuero y pantalones tejanos eran los que parecían estar acuchillándola antes de darse a la fuga. El detenido como sospechoso de intervenir de alguna forma en la agresión era un jovenzuelo de chaqueta de nylon azul y roja y pantalones de cuero negro con botas. El testigo no estaba seguro de haber visto formar parte del grupo, pero había sido arrestado en las proximidades del lugar del homicidio, e intentó escapar de la policía al ser conminado a entregarse.

Escuché todas esas explicaciones sentado al lado del cadáver de

Jenny, sumido en sombríos pensamientos, anonadado y roto. Repentinamente, todo en mi vida me parecía vacío y sin sentido. Sueños, ilusiones y esperanzas, se habían desvanecido, como desgarradas salvajemente por los mismos aceros que causaron la muerte a mi mujer.

Al día siguiente fue el funeral. Pero antes de él, recibí el nuevo mazazo que acabaría por trastornar mis pensamientos y convertirme en lo que luego fui.

También el teniente McDowall —ahora sabía que era oficial de la División de Homicidios de la policía de Nueva York— fue el encargado de informarme de ello con verdadero desasosiego.

—Han hecho la autopsia a su esposa, señor Kane —me notificó rutinariamente—. Según el forense, el fallecimiento se produjo por paro cardíaco a causa de los destrozos del hígado, gran pérdida de sangre y perforación intestinal, con gravísimos daños en el bazo. Recibió, al menos, una docena de navajazos.

—Por Dios, teniente, no quiero conocer esos detalles... —gemí, angustiado.

—Lo siento. Creí que debía saberlos —carraspeó, antes de añadir roncamente—: Hay un detalle más. El forense ha encontrado, en la autopsia, que las víctimas del homicidio fueron dos, señor Kane.

—¿Dos? —repetí, mirándole sin entender, tal era mi confusión en esos momentos.

—Sí —dijo gravemente—. Su esposa, señor Kane... estaba embarazada de dos meses.

De veras lo lamento, amigo mío...

Se llamaba Gordon Dunaway y era fornido, calvo, más bien moreno, de cabello oscuro grasiento y barba muy cerrada. Vestía una camisa estampada y sudaba bastante, tal vez a causa de la humedad del día.

Vivía justamente enfrente de la zona de Springfied Gardens donde Jenny había sido atacada. Era, por lo que me había contado el teniente McDowall, el único testigo de la escena.

Me contempló largamente, con aire de circunstancias, sin saber qué decir. Noté que sus velludas manos se entrelazaban con nerviosismo en aquel intervalo. Por fin, atinó a decir algo coherente, aunque nada original:

—De veras lo siento, señor Kane. Lo siento mucho. Le aseguro que no pude hacer nada por evitarlo. Estaba demasiado lejos. Y de haber estado más cerca, seguramente esos salvajes me hubieran agredido también a mí. Eran como fieras.

No dije nada. Me limité a asentir con la cabeza. Debí de sorprenderle mi serenidad, la ausencia de emociones en mi rostro, porque resopló, indeciso, y trató de mostrarse algo menos cohibido.

—Espero que, cuando menos, cojan a los restantes miembros de ese grupo y les den su merecido —declaró—. Hoy en día, la juventud que controla nuestras calles es como una horda de bestias sin conciencia.

Tampoco comenté cosa alguna al respecto. El prosiguió, tras un carraspeo:

—Sé que eso no le devolverá jamás a su esposa, señor Kane. Pero al menos, hay que evitar que otras mujeres indefensas sean víctimas de pandillas semejantes.

Se secó el sudor con un pañuelo arrugado y paseó por la oficina. Yo miré hacia la calle. El día era nublado y bochornoso. Seguramente volvería a llover. Pero todo eso me tenía sin cuidado. Estaba pensando en otras cosas.

—¿Le ha identificado usted?

Mi pregunta le debió pillar por sorpresa. Dio un leve respingo. Se paró en seco y giró la cabeza, mirándome pensativo. Balbuceó:

—Perdone. ¿A qué se refiere?

—A la identificación, naturalmente —no le quité los ojos de encima—. Ese joven que tienen detenido, ya sabe.

—Oh, ese chico... —asintió, y comenzó a sudar de nuevo—. Bueno, pues... sí, claro. Era uno de ellos, estoy casi seguro.

—¿Casi?— entorné los ojos. —Creí que estaba *totalmente* seguro, señor Dunaway.

—Bueno, era de noche, estaba bastante oscuro en ese lugar... Cuando les vi, ellos ya emprendían la fuga. Grité algo, y apresuraron su carrera, mientras dos de ellos... ya sabe, atacaban con navajas a su esposa.

—Pero el teniente dijo que usted había reconocido a uno de ellos, al que la policía arrestó poco después, intentando escapar.

—Pues... sí, sí. Al principio estaba convencido de que era él. Luego...

—¿Luego... qué? —le pregunté secamente.

Resopló. La cara le brillaba. El sudor corría por sus cejas.

—He recapacitado sobre la cuestión. He tenido un careo con ese muchacho no hace mucho y... la verdad, en conciencia no podría señalarle como uno de los componentes del grupo. Por la sencilla razón de que... que no estoy seguro de nada.

Tragó saliva. Mi mirada le molestaba. Le vi evadirla, girar la cabeza y mirar a la calle. Me puse en pie. Iba a decirle algo, cuando la puerta se abrió. Miré hacia allá.

Era el teniente McDowall, de Homicidios. Traía el aspecto de alguien que acaba de perder el boleto del primer premio en una carrera de caballos, por ganar otro diferente al de su apuesta en el último momento. En sus manos, había unos papeles.

—Está bien, señor Dunaway —dijo sordamente. Y le miró con aire hostil—. Puede irse.

El aludido resopló con alivio, y asintió, apresurándose a guardar su pañuelo y dirigirse hacia la salida. Yo miré a ambos. Algo ocurría allí que yo no sabía aún. Y que tenía muy irritado al oficial de policía.

—Un momento —pedí—. ¿Qué ocurre, teniente?

—¿Qué quiere que ocurra? —Se encogió cansadamente de hombros—. El señor Dunaway no está seguro. En el careo, ha vacilado, no pudiendo afirmar rotundamente que Willie Gilbert, el chico detenido, fuese componente del grupo homicida. Eso nos deja simplemente con un caso de resistencia a la autoridad. La fianza decretada ha sido mínima para un delito así. Sólo quinientos dólares. Alguien los ha pagado ya.

Y ese chico, Willie Gilbert, ha salido de aquí en libertad.

Me estudiaba, esperando alguna reacción por mi parte. No hubo ninguna. Un frío sutil parecía correr por mis venas, helando mi sangre, pero eso era todo. Noté que mis mandíbulas crujían, pero ellos no debieron notarlo.

—Libre... —repetí—. Y quizás es culpable.

—Quizás —admitió McDowall con un gesto ambiguo—. Pero en la duda, el beneficiado es siempre el sospechoso. No se puede hacer otra cosa, señor Kane.

—¿Quién pagó su fianza? —quise saber.

—Un tal Yellberton. Ian Yellberton, tío suyo.

Volví mis ojos hacia Dunaway. El hombre tragó saliva y empezó de nuevo a traspasar. Se hurgó el cuello de la camisa, metiendo los dedos entre él y su piel sudorosa.

—Lo... lo siento —jadeó—. Hubiera querido serles más útil.

No dije nada. Fui hacia la mesa donde había un teléfono. Lo alcé, clavando mis ojos en Gordon Dunaway.

—Deme su número de teléfono —pedí secamente.

—¿Mi número? —tartajeó, indeciso—. ¿Para qué lo quiere?

—Lo sabrá enseguida. Deme ese número.

McDowall enarcó las cejas, perplejo. Tras una vacilación, Dunaway me lo dio. Marqué las cifras lentamente y esperé.

Tras varias señales de llamada, alguien tomó el aparato. Una voz de mujer demandó, lejana:

—¿Sí? ¿Quién llama? Aquí la vivienda de los señores Dunaway...

—¿Señora Dunaway? —pregunté con sequedad.

—Sí, sí. ¿Quién es usted?

—Un amigo de su esposo, señora. Puede estar tranquila. El no ha declarado contra nadie. Volverá enseguida a casa. No tienen ustedes nada que temer ya.

—¡Dios sea loado! —Sonó con un profundo suspiro de alivio la voz femenina—. Gracias por esa información. Estaba realmente aterrorizada desde la llamada anterior. Yo... Pero un momento, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Harry Kane, señora —dije fríamente—. El esposo de la mujer cuyo asesinato presencié su marido la otra noche.

Colgué, Dunaway estaba lívido. El teniente masculló algo, mirándole de reojo con expresión furiosa.

—¡No tenía derecho a hacer eso! —rugió el hombre sudoroso, mirándome irritado.

—Posiblemente no —admití con aspereza—. Fue solo una confirmación, Dunaway. Estaba seguro de los motivos que influyeron en su repentino cambio de actitud. ¿Qué clase de amenaza recibieron ustedes exactamente?

Dunaway tragó saliva. Miró de reojo al oficial de Homicidios. Al fin balbuceó con voz ronca:

—Dijeron... dijeron que la próxima sería mi esposa. Que la

vigilaban de cerca, a la espera de mi comportamiento. Teniente, no espere que denuncie eso. No diré nada. No quiero ver muerta a mi mujer.

—Está bien —dijo el policía—. Váyase, Dunaway.

El testigo abandonó, avergonzado, cabizbajo, la estancia. Nos quedamos solos el teniente y yo. El me estudió en silencio, antes de dar unos pasos por el gabinete del Departamento policial.

—El tuvo razón —dijo al fin—. Usted no tenía derecho a hacer lo que hizo.

—¿Y él sí? —repliqué heladamente.

McDowall apretó los labios. Tiró los papeles sobre la mesa. Vi que eran copias de declaraciones del sospechoso Willie Gilbert, del pago de su fianza y cosas así. Simple papel mojado. Un asesino, o cuando menos un cómplice de los asesinos, estaba libre bajo fianza de quinientos dólares en este momento, riéndose tal vez, en compañía de sus amigos, de la policía, de la Justicia, y de todos nosotros, incluida mi infortunada esposa y yo mismo.

—A veces, todo me da asco, Kane —confesó abruptamente—. Quisiera poder hacer algo. Y sé que no puedo. La policía tenemos limitaciones. Debemos actuar con evidencias, con pruebas. Existen unas Leyes que protegen al ciudadano honrado, pero también al delincuente, en tanto no existan esos medios de acusación concreta que les lleva a prisión.

—Eso quiere decir, simplemente, que se confiesa impotente para detener a los asesinos de mi esposa, pese a que quizás sepa incluso sus nombres...

—¡No renuncio a nada, Kane! Simplemente, de momento nos han ganado ellos la partida. Lo siento, pero es así. Seguiré adelante hasta obtener una mínima evidencia contra ellos. Pero sin testigos que les acusen, ¿qué podemos hacer? Muchachos con cazadoras de cuero, anoraks, tejanos o pantalones de piel negra, los hay a millares en todo el país. Esta ciudad está llena de ellos. Será como buscar una aguja en un pajar.

—Pero hay un rastro: un chico llamado Willie Gilbert.

—Willie va a ser vigilado estrechamente en lo sucesivo. Pero él lo sabe. No cometerá errores, a poco listo que sea. Procurará no mezclarse en nada feo. Ni sus amigos tampoco. No va a ser fácil, Kane, echarles el guante a los cuatro. Pero tarde o temprano, lo

conseguiré.

—Es posible que sí. O tal vez no, y éste sea uno más de los muchos casos archivados que jamás tuvieron solución. Teniente McDowall, no me convencen sus palabras.

—Lo lamento —me miró casi con agresividad—. No puedo decirle más.

—Estaba seguro de eso —asentí, camino de la salida—. Buenos días, teniente. Pasé junto a él. Noté su mirada astuta fija en mí.

—¿Qué piensa hacer ahora? —me preguntó.

—No lo sé —dije—. Tengo que pensar primero.

—¿Por qué no se va algún tiempo fuera de la ciudad y trata de descansar?

—¿Descansar? —repetí fríamente—. ¿Con mi esposa y un futuro hijo recién enterrados y sus asesinos sueltos alegremente por ahí? ¿Usted espera que yo descanse así?

—Era sólo un buen consejo. No gana nada atormentándose.

—Nunca sigo los buenos consejos. Y menos ahora. De todos modos, gracias, teniente. Ya nos veremos.

Me alejé. Casi podía percibir el desasosiego que dejaba en el oficial de policía. Mi actitud fría y serena, le parecía rara. Tenía razón sin duda para pensar así. Pero yo no se lo dije.

Detuve el coche en la esquina de los bulevares Merrick y Springfield. Contemplé la manzana donde se hallaba el cinematógrafo, la discoteca y el ruidoso *snack* de grandes vidrieras. Algo más allá había una casa de empeños, y justo en el chaflán de la esquina un establecimiento de masajes para hombres.

Era una zona muy concurrida de Queens. Sólo a cinco minutos de allí estaba el lugar donde Jenny fue asesinada.

El apellido Yellberton distaba mucho de ser vulgar. No lo había olvidado desde que lo mencionara el teniente McDowall como la persona que pagó la fianza de Willie Gilbert, alegando ser tío suyo.

Allí estaba ese nombre otra vez. Lo leí, en grandes letras, encima del negocio de masajes «especiales para hombres» y del *Snack* cercano. El tipo tenía varios negocios al parecer. Y no todos honestos. Las fotografías de las matronas de grandes senos que aparecían en una vitrina del negocio de masajes eran todo un ejemplo de lo que le esperaba a uno allí dentro.

Todavía era pronto para que se animase la zona. La discoteca estaba cerrada, y no se abría hasta las seis de la tarde, según indicaban en la puerta. Entré en el *snack*. Pedí un café en la barra. Una agraciada camarera rubia me sirvió con su mejor sonrisa. Llevaba un uniforme muy ceñido y de tejido muy liviano. Quizás Yellberton gustaba de la explotación femenina en cualquiera de sus aspectos.

—Quisiera ver a Ian Yellberton —dije a la camarera. Ella enarcó las cejas y movió la cabeza negativamente.

—Casi nunca está aquí —dijo, encogiéndose de hombros. Me guiñó un ojo, maliciosa—. Si quiere encontrarlo con más seguridad, vaya a la casa de masajes.

—No necesito relax ahora —dije secamente.

—Es igual. Encontrará allí al señor Yellberton, seguro.

Pagué y me fui. Cuando entré en la casa de masajes, una mujer de impresionantes curvas, vestida solo con una corta bata blanca que dejaba sus enormes muslos al descubierto, así cómo permitía emerger por la abertura sin abotonar de su prenda la tremenda opulencia de sus dos pechos gigantescos, vino a mí, contoneándose con su mejor sonrisa.

—Buenas tarde, señor —saludó—. Pase. Éste es el paraíso del relax. Le mostraré el álbum de nuestras bellas masajistas para que elija...

—No pierda el tiempo, encanto —corté—. Quiero ver a Ian Yellberton, es todo.

Ella torció el gesto. Dejó el gran álbum sobre la mesa en que se hallaba. Me miró con cierto recelo.

—¿Está citado con él? —quiso saber.

—No —negué—. Pero dígame que un amigo quiere verle.

—No puedo —rechazó—. El señor Yellberton no recibe aquí a nadie.

—Está bien —resoplé, metiendo un billete de diez dólares en la canal de sus pechos inmensos—. Dígame que un amigo de su sobrino Willie está aquí. Eso bastará.

Movió la cabeza, dubitativa, pero profundizó más la posición del billete en su torso.

—Está bien —dijo—. Se lo diré. Pero no le garantizo nada. Espere aquí.

Esperé. Ella salió, y me entretuve contemplando las fotografías en color que adornaban las paredes de la antesala. Todas correspondían a exuberantes masajistas ocupadas en sus tareas. Aparentemente, no hacían nada fuera de lo normal. Pero vestidas de aquel modo, dejando caer sus opulencias virtualmente encima de sus clientes masculinos, era difícil imaginar que éstos permanecieran impávidos.

Cuando regresó, abrió una puerta vidriera del fondo para invitarme:

—Entre. El señor Yellberton le recibirá. Pero sólo cinco minutos.

—Será suficiente —dije con brevedad.

Un corredor también encristalado me llevó hasta otra puerta vidriera al fondo. Por el camino capté suspiros y jadeos significativos. Los masajes resultaban, evidente.

En una especie de gabinete parecido al consultorio de un médico, me esperaba un hombre en mangas de camisa, flaco y alto, con reloj y cadena de oro y un anillo del mismo metal con un grueso diamante que centelleaba como un faro.

—Soy Ian Yellberton, señor —dijo mirándome con fijeza, sin moverse de su asiento tras una mesa de acero y vidrio—. Siéntese, por favor. ¿A qué debo el honor de su visita? Cherry me dijo que es usted amigo de Willie. Pero no lo parece. Es muy joven él para tener amigos de su edad, señor...

—Kane —dije brevemente—. Harry Kane.

Le vigilé. El nombre no le era desconocido. Se dominó con dificultad, permaneciendo como clavado en la silla. Su rostro se tensó un poco y sus ojos oscuros brillaron algo fríos. Noté que apoyaba, como al azar, una mano sobre el tirador de una gaveta de su mesa.

—Temo no conocerle de nada, señor Kane —silabeó, seco.

—¿Está seguro de eso? —Sonreí duramente, acercándome a su mesa—. ¿Por qué no pregunta a su sobrino? Seguro que él sí me conoce bien.

—No sé de qué me está hablando. Si no concreta más, le agradeceré deje de molestarme y salga de mi despacho. Tengo exceso de trabajo, compéndalo. Mis negocios no los lleva nadie, excepto yo. Y eso requiere tiempo.

—Oh, sí. Sus negocios —reí—. Este local de... de «masajes». Y el

snack vecino. ¿Acaso tiene alguno más, señor Yellberton?

—No es ningún secreto. Todo el mundo sabe que soy el dueño de toda esta manzana. El cinematógrafo y la discoteca también son míos. La empresa *Yel* soy yo, virtualmente, señor Kane. Y esa empresa posee todos los negocios de esta manzana. ¿Es todo?

—No, no todo. Supongo que para un hombre de su posición no es nada difícil pagar quinientos dólares por la fianza de un menor de edad acusado de resistencia violenta a la policía...

—Señor Kane, me niego a tratar cuestiones familiares y privadas con nadie —lentamente Yellberton se inclinó sobre su mesa como dándome por despedido—. Buenas tardes. Y no vuelva por aquí, a menos que quiera ponerse en manos de mis expertas y dulces masajistas.

—¿Esas zorras sebosas que tiene usted ahí fuera, señor Yellberton? —Me incliné sobre su mesa, mirándole fijamente—. Vamos, vamos. Está demasiado reciente la muerte de mi joven esposa para pensar en furcias baratas y obscenas tratando de estimular mis apetitos sexuales, señor Yellberton.

Y usted sabe que a mi esposa la mataron entre su sobrinito Willie y otros jóvenes tan cerdos y viles como él y como quien paga la fianza para sacarle de apuros.

—¡Señor Kane, salga inmediatamente de aquí y termine con sus insultos, o llamaré a la policía! —bramó Yellberton, mirándome con ojos coléricos.

—Hágalo —me encogí de hombros, riendo con acritud y alargándole el teléfono—. Dígales que el viudo de la mujer asesinada por la pandilla de su sobrino ha venido aquí a hablar con usted. Eso no creo que sea un delito en esta ciudad.

—Empiezo a estar harto de usted —miró el teléfono, vacilando entre descolgarlo o no—. Pero si se va, olvidaré el incidente. Éste es un negocio legal, diga usted lo que diga, y si solicito ayuda de la Ley contra un intruso molesto, la tendré.

—Es lo que diferencia a la gentuza de las personas honradas. La policía casi siempre ayuda más a los primeros, porque éstos tienen más recursos a su favor. Pero no va a ser siempre así, Yellberton. La policía puede que no sepa ni quiera hacer nada cuando una pandilla de golfos sin conciencia matan a una mujer embarazada, sólo para que no grite cuando intentaron violarla. Pero siempre hay alguien

que, sin ser la Ley, puede tomarse la justicia por su mano cuando esa justicia no existe. ¿Ha pensado en la posibilidad de que quizás no le dejase siquiera descolgar su teléfono y que podría estar aquí ahora para coserle a balazos por proteger a un sobrino criminal?

Me miró, realmente asustado. Se lo dije tan tranquila, tan fríamente, que me creyó a pies juntillas. Sabía que no bromeaba.

—Usted está loco... —jadeó, palideciendo.

Y al dar yo un paso hacia él, perdió el control de sus nervios. Estiró del cajón junto al que había tenido en todo momento su mano derecha, y le vi empuñar algo negro y cuadrangular. Rápido, levanté mi pierna y clavé el tacón del zapato sobre el cajón del mueble, cerrándolo con violencia.

Aulló, al apresar su mano con violencia. Luego, tiré de la gaveta con mi zurda, y arranqué la pistola de sus dedos estirados y doloridos. Tenía desollada la mano allí donde le aprisionara el cajón. Me miró, rabioso, cuando sopesé la automática Smith & Wesson,

calibre 32, que había intentado empuñar.

—¡Deme eso! —masculló, sujetándose la mano dañada—. ¡Es mía, y tengo licencia para utilizarla!

—¿Contra sus visitas? —Reí, sacándole el cargador y tirando el arma lejos de él a un rincón del despacho. Golpeó sordamente en la — moqueta azul. —Ahí la tiene, Yellberton. No trate de usarla contra mí jamás. Sería capaz de matarle sin remordimiento alguno. Y tal vez lo haga un día, si descubro que usted está tras esos bastardos que delinquen, roban, violan y matan, ante la indiferencia de la sociedad y de la policía, haciéndose dueños de las calles de nuestras ciudades, con ayuda de sus drogas, su sexo y su desvergüenza, estimulada por los mercaderes de siempre. Todos ustedes me dan náuseas, Yellberton.

—¿Quién se cree que es? —farfulló él, mirándome con odio—. ¿El ángel del Señor, el aniquilador de Sodoma y Gomorra?

Me paré junto a la puerta, jugueteando con el cargador repleto de balas del 32. Miré a mi interlocutor, que se mordía el labio, furioso.

—El ángel del Señor... —repetí—. Es curioso. ¿Por qué se le ocurrió esa idea? El ángel de la Muerte... El ángel exterminador... Todo eso puede volver un día en nuestras Sodomas y Gomorras

actuales. No, no me mire así. No soy un moralista, ni un puritano ni un fascista fanático. Sólo soy un hombre que ha perdido a su esposa y a su futuro hijo y que confiaba en la Ley y en el *establishment* para que se hiciera justicia. Todo eso me está fallando lamentablemente, Yellberton. Y cuando eso ocurre, cualquier hombre con decencia, con rabia y con odio, puede ser ese ángel del Señor que usted citó. A fin de cuentas, el propio Dios lo dijo, ¿recuerda? «Mía es la venganza»...

Salí del despacho cerrando sin violencia. Creo que mi sangre fría tenía más asustado a Yellberton que toda la posible virulencia que hubiese podido demostrarle. Salí también de su infecto negocio de gordas tetudas y procaces. Respiré algo de aire limpio, no demasiado, cuando estuve de nuevo en el bulevar. Me alejé, volviendo a mi coche.

No me alejé de allí demasiado. Simplemente esperé a que saliera Yellberton del negocio de masajes. No tardó mucho. Diez minutos más tarde le veía subir a un Chevrolet azul oscuro aparcado frente a la manzana de sus negocios. Arrancó.

Yo le seguí. Esperaba que si mis cálculos no fallaban, me llevaría hasta los muchachos navajeros que habían asesinado a Jenny.

No me equivoqué. Sólo veinte minutos más tarde tenía ante mí a aquellos jovenzuelos.

CAPÍTULO III

Eran cuatro. Tal y como había esperado.

Uno de ellos me era conocido ya. Se trataba de Willie Gilbert, el muchacho a quien soltara el teniente McDowall. Le había llegado a ver a través de uno de esos espejos que, por el otro lado, es un cristal transparente como ventana para contemplar a un sospechoso sin que éste lo sepa.

Ian Yellberton se reunió con ellos en un *pub* de Hempstead Avenue, en Queens Village. Era un local nada adecuado para hampones. Elegante, caro y bien decorado, al estilo londinense. Los cuatro mozos estaban en una mesa arrinconada, jugando a los dados. Yellberton se reunió con ellos. Les habló agitadamente. Vi todo eso desde mi coche, a través de un ventanal del establecimiento, gracias a mis prismáticos.

Aparqué entre otros coches, junto a un rectángulo de césped y una cancha de tenis. Avancé hacia el local. Cuando empujé la puerta y entré, Yellberton me vio. Se quedó rígido. Le colgaba la boca abierta, y palideció bastante.

Los cuatro muchachos se volvieron. Me miraron. El dijo algo entre dientes. Vi una común expresión de tensión y sobresalto en todos ellos. No eran la clase de chicos que había esperado encontrar. No pertenecían a esa masa juvenil que pulula por los bajos fondos de la gran ciudad, víctimas del hambre, el paro o las familias miserables, el alcoholismo y el mal ejemplo. No. Éstos eran de clase. De buena posición social. Su modo de vestir era solo como un disfraz, una maldita máscara. Chaquetas de cuero, tejanos sucios y deshilachados, anoraks de nylon, pelo largo o demasiado corto, aire indolente y expresión cínica. Ni *hippies* ni *punks*. Un poco de todo eso, como simple snobismo. O como careta. Quizás eran de familias adineradas de Queens.

Me senté en otra mesa, frente a la suya. Un camarero vino a

atenderme. Notaba sus miradas fijas en mí. Cuchicheaban entre ellos en voz baja. Pedí un *scotch* y clavé a mi vez los ojos en su mesa. Yellberton se movió, incómodo. Willie Gilbert me miró de soslayo, y sonrió, despectivo.

No podía estar seguro aún de que fuesen ellos los responsables de aquel abominable crimen. Recordé algo que dijera el teniente McDowall: la duda siempre favorecía al sospechoso. Pero eso era con la Ley y la Justicia, no conmigo. Sin embargo, pese a todo, aún tenía dudas.

De repente, uno de ellos se levantó. Era más alto que Gilbert. Más delgado, pero musculoso y fuerte. Debía practicar algún deporte. Tenía el cabello muy corto, y una cruz gamada asomaba en el ojal de su chaqueta de cuero negro abotonada. Podía ser realmente un simpatizante del nazismo.

O una baratija más, para parecerse a un tipo de *Village People*.

Le vi venir hacia mí. Permanecí inmóvil, hermético. Me acababan de poner el *whisky* escocés. Pasé mis dedos por los bordes del grueso vaso, mirando con mis pupilas estrechadas al joven que venía hacia mí.

—Me llamo Budd Dillman, señor —dijo fríamente. Vi que tenía los ojos muy azules y crueles. Alzó sus brazos ligeramente, mostrándome ambas manos abiertas—. Vea mis manos.

—Ya las veo —tomé un sorbo de *scotch*—. ¿Y qué?

—No llevo armas. Nunca las llevo, señor. Ni mis amigos tampoco —señaló a la mesa—. El señor Yellberton, tío de mi amigo Willie, nos ha hablado de usted. Mire, yo no digo que Ian Yellberton sea un santo. Sus negocios apestan, pero eso me tiene sin cuidado. Y también a su sobrino. No tenía que amenazarle. No tenemos nada que ver con sus problemas. Nunca atacamos a nadie. Vivimos a nuestro aire y tenemos nuestras ideas. Pero no hacemos daño a los demás. Ha equivocado su rufa, amigo. ¿Por qué no deja que la policía haga el trabajo y no se mete usted en problemas absurdos?

—¿Qué clase de problemas? —quise saber.

—No con nosotros, claro —sonrió el tipo de ojos azules—. Yellberton nos ha contado lo sucedido hoy. Está asustado. Podría llamar a la policía y usted se vería en jaleos. Willie no tiene nada que ver en eso. Forma parte de nuestro grupo, no de una pandilla de rufianes del hampa.

—¿Y qué clase de grupo es el tuyo, Dillman? —quise saber, sin pestañear.

—Como otros muchos. Nos gustan las motocicletas ruidosas y potentes, las chicas fáciles y bonitas, la música *rock* y la diversión. No nos gusta la política sucia de hoy, ni la sociedad que nos rodea, pero eso es todo y no constituye delito. Estamos en un país libre, señor, donde usted tiene los mismos derechos que nosotros, pero ni uno más. Es de la —mentar que mataran a su esposa, como nos ha contado Yellberton. Pero eso no va con nosotros.

—Entonces, ¿por qué vino él a buscaros aquí? —Sonreí duramente.

—Ya se lo dije —se encogió de hombros, con una leve sonrisa también—. Está muy asustado. Se ve que usted es un tipo duro y Yellberton dista mucho de serlo, aunque lleve negocios feos. ¿Por qué no le deja en paz a él... y de paso a nosotros, señor? Le prometo que no estuvimos para nada en ese lugar de Queens aquella noche. ¿Va a creermelo?

—No —dije fríamente—. Lo siento. Ya he dicho todo lo que tenía que decir, Dillman.

Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —apretó los labios, mirándome con disgusto—. Si su juego va a consistir en seguirnos adonde vayamos, recuerde que podemos avisar a la policía. Éstamos en nuestro derecho de hacerlo.

—Claro —suspiré—. No voy a dedicarme a seguir a personas inocentes. De modo que si sois realmente inocentes, nada tenéis que temer. Mi única tarea va a consistir en algo que la policía no puede hacer.

—¿Y es...?

—Encontrar a los culpables —dije, mirándole—. Y matarles.

Siguió un silencio espeso y tenso. Por un momento, creo que logré impresionarle. Noté su crispación en la comisura de los labios. Pestañeó. Y, sin decir nada, dio media vuelta y regresó a la mesa. Se sentó. Los demás le preguntaron algo. El contestó. Se volvieron a mirarme. Yellberton estaba nervioso y pálido. Se puso bruscamente en pie, dejó un billete en la mesa para pagar todas las consumiciones, puso una mano en el hombro de su sobrino Willie y, con rapidez, abandonó el local. No me dirigió ni una sola mirada al

hacerlo.

Permanecí sentado allí, bebiendo lentamente mi *scotch*. Ellos seguían hablando. No jugaban ya a los dados. Capté alguna mirada hacía mi mesa, pero muy escasas y espaciadas. Parecían aguardar a que yo me marchara antes. Oscureció. Brillaron las luces en el bulevar.

Finalmente, se cansaron de esperar. Se levantaron. Al salir, ni uno de ellos me miró tampoco. Les vi cruzar. Tomaron unas motocicletas situadas al otro lado de la calle. Eran potentes y de brillantes colores. Identifiqué una Yamaha y una Harley Davidson, pero eso fue todo, porque no soy un experto en la materia.

Se alejaron con sus escapes abiertos, atronando la noche.

El aire olió a aceite y humo. Me incorporé. El camarero recogía los servicios de los cuatro muchachos. Me paré ante él y puse en su mano un billete de diez dólares.

—¿Son clientes habituales? —pregunté, señalando la mesa vacía.

—Sí, señor —afirmó—. Vienen con frecuencia.

—¿Los cuatro?

—Casi siempre. A veces solo son dos o tres. Otras, llegan hasta cinco.

—¿Son conflictivos?

—Ni lo más mínimo, señor. Nunca han creado un problema. Son raros, tienen ideas especiales sobre el mundo. Yo diría que unos son reaccionarios y los otros ácratas o cosa parecida. Pero es cosa suya. No se meten con nadie ni producen molestias.

—Gracias —suspiré. Eché a andar hacia la salida. Recordé algo. Me detuve y miré al camarero por encima del hombro—. El miércoles... ¿estuvieron aquí entre las siete y media y las nueve de la noche?

—¿El miércoles? —El camarero reflexionó, tratando de localizar la fecha. Al fin, sacudió la cabeza—. No estoy seguro, señor, pero creo que no. A veces se pasan seis o siete días enteros sin venir por aquí. No, estoy casi seguro. El miércoles no les vi.

No hice sino dirigirle un gesto de despedida. Abandoné el *pub*. Regresé a casa.

Lo hice sin prisas, parándome a tomar un sándwich y una cerveza por el camino. Era toda mi cena. No tenía el menor apetito, pero sabía que había que comer algo, si no quería sentirme más

débil de lo que realmente estaba. Desde la pérdida de Jenny, aún no había llevado a cabo una comida completa. Ni sentía el menor deseo de hacerlo.

Cuando llegué a casa, me esperaban varias sorpresas desagradables y crueles.

Alguien había destrozado las plantas del jardín, pisoteándolo y arrasándolo salvajemente. También los vidrios de las ventanas estaban pulverizados a pedradas, y diversos bloques y ladrillos se veían dispersos por la acera y el césped, como evidencia de ese ataque.

Pero todo eso no era lo peor. Justo en los escalones de entrada, el pequeño, juguetón gatito de Jenny, a quien yo cuidaba ahora desde la muerte de ella, el atigrado y simpático *Happy*, había sido brutalmente degollado a navajazos. Su cuerpecillo peludo, rígido e inmóvil, aparecía extendido sobre un gran charco de sangre, con el contraído gesto del dolor y la agonía. Su sangre, salpicando la puerta esmaltada de color marfil, había servido para que con un dedo asesino escribiese algunas palabras con tan siniestra tinta.

Las leí, sintiendo hervir mi sangre y palpar las venas de mis sienes:

ESTA AVISADO ¿QUIERE SER EL PRÓXIMO?

—¿Por qué lo hizo?

—Por qué hice... ¿qué?

—Oh, vamos, vamos, sabe tan bien como yo a lo que me refiero, Kane —se exaltó el teniente McDowall mirándome irritado—. ¿Ha leído muchas novelas policíacas? Investigar un crimen es asunto nuestro, no suyo.

—Que yo sepa, los asesinos aún no han sido aprehendidos.

—A veces se tardan años en conseguirlo, Kane. No somos la Gestapo ni la KGB.

—No he hecho nada. Sólo tomar un *whisky* en un *pub*, tras hacer una visita a un propietario de negocios de masaje. ¿Eso es un delito?

—Nadie le ha denunciado por eso, Kane. Pero usted sí ha denunciado una agresión a su casa, con destrozos y la muerte violenta de un animal doméstico, mas amenazas escritas con sangre

del pobre animal. Todo eso significa algo. Y grave, ¿no?

—Nada puede ser más grave que la muerte de Jenny, teniente. El pobre gatito era lo único que me quedaba ya de ella. Jenny lo adoraba. Y ahora, también él está muerto, salvajemente sacrificado por unas bestias humanas que, de repente, demuestran tener miedo.

—¿Miedo? —McDowall me miró, preocupado—. A usted, ¿no?

—Posiblemente —me encogí de hombros.

—Pues tenga cuidado. Un tipo asustado es capaz de todo.

—Lo son aun sin asustarse, teniente —le recordé—. No creo que estuvieran asustados cuando quisieron violar a mi mujer o cuando la acuchillaron. Y posiblemente no sea ése su único delito.

—Usted me ha contado que conoció a otro muchacho, Budd Dillman.

—Sí. Es delgado, alto, ojos azules. Chaqueta de cuero negro y un emblema nazi. Pero todo eso puede ser pura fachada. El y sus amigos tienen aire de ser de familia bien. Y Willie Gilbert era uno de ellos. Su tío también.

—No puedo detenerles por sospechas de haber asaltado su casa y matado al gato, Kane.

—Oh, claro que no —reí sarcástico—. Ustedes nunca pueden hacer nada, teniente. La Ley ata sus manos. Pero no la de los asesinos.

—¿Ya volvemos a eso, Kane? —Se enfureció McDowall—. Sólo soy un funcionario que trata de actuar dentro de la legalidad. No puedo andar por ahí intentando venganzas de folletín. Ni permitiré que usted lo haga, si es lo que pretende.

—¿Cree que vengarse es injusto? —indagué, ambiguo.

—Creo que vengarse es ilegal, Kane. La venganza también se considera homicidio o asesinato, según los casos, si existe una muerte violenta por medio.

—No lo olvidaré, teniente —sonreí con frialdad, firmando mi denuncia cuando él me tendió las hojas mecanografiadas que un funcionario acababa de escribir—. ¿Es todo de momento?

—De momento, sí. Pondremos vigilancia discreta a su casa. No tiene nada que temer. Si intenta alguien atacarle, esté usted o no en ella, lo evitaremos.

—Muy amable —dije, saliendo del despacho.

Llegué a la calle. Subí a mi coche. Miré en torno. Rodé

lentamente. No quería correr el riesgo de ser seguido. Sin embargo, pronto comprobé que era así. Pero no por parte de ningún coche sospechoso. Era un automóvil de la policía. McDowall ya había montado en torno mío su operación protectora.

Sonreí. Iba a poner a prueba la eficiencia de nuestra policía neoyorquina.

Iba a ser un juego sucio por mi parte. Pero había tomado una decisión. Y me estorbaba la vecindad de la policía. Eso enfurecería a McDowall. Me tenía sin cuidado. Todo había llegado a tenerme sin cuidado. Mi mujer yacía en una tumba reciente, con el embrión de una criatura que nunca nació, en su vientre. Nuestro gatito reposaba dentro de una caja de cartón, en un rincón de mi jardín. Las flores destrozadas eran en ese mismo jardín como otro grito, un clamor de ira y de afán de venganza contra los expoliadores sanguinarios.

Mi mente y mi corazón estaban helados. Pero mi sangre hervía bajo una costra de hielo. Era un hervor peligroso. Morir no me importaba ya demasiado. Vivir tampoco.

Lo que me importaba era hacer justicia. Vengarme, si ésa era la frase más justa. Y hacer justicia de un crimen, era matar. Vengarse, era matar.

Matar...

Recordé mis días en Vietnam, como oficial de Infantería de Marina y miembro de un cuerpo especial de guerrilla en la selva. Matar... Allí me había enseñado mi Gobierno a matar. Aprendí bien la lección. Fui tirador de primera, comando en acciones suicidas. Un experto en el arte de exterminar a otros seres humanos del bando enemigo. A gente que nunca me había hecho nada.

Empecé el juego. Calles, avenidas, plazas, bulevares... Era difícil desprenderse de mi vigilante. Pero lo conseguí. Me costó exactamente veinte minutos de alardes automovilísticos. Cuando miré atrás y no vi ni rastro del coche policial, me sentí satisfecho. El primer *round* era a mi favor. Sólo faltaba que fuese para bien.

Conduje hacia un lugar determinado. Era un bar alargado, bañado en luz roja. Un par de chicas exhibían sus encantos bailando sobre el mostrador, con sus piernas encima del rostro embelesado de los clientes. Una se quitó el sujetador. La otra la imitó. La luz roja reveló las prominencias de sus bien formados pechos. La música

se hizo más sincopada, más de percusión, y las luces parpadearon.

Duke Ellis me vio enseguida. Su negra piel brillaba como charol bajo las luces escarlata. Me hizo un gesto. Fui con él a un reservado. Cerró la puerta. La música, las luces rojas y las chicas semidesnudas quedaron atrás. Dio luz a una lámpara vertical, de pantalla verde de celuloide. Nos miramos estrechándonos la mano. Sudaba mi amigo Ellis como si estuviera bajo el sol de su nativa Trinidad.

—Hola, Kane —me saludó—. No nos veíamos hace tiempo, ¿eh?

—La última batalla en Saigón —asentí—. Malos recuerdos, ¿no?

—Muy malos —asintió. Luego se quedó mirándome—. Oh, Kane, leí lo de tu mujer. Lo siento de veras. Eso sí que ha sido malo. ¿Cómo te sientes?

—Imagínalo. Peor que nunca —me dejé caer en un asiento—. Te necesito. Duke.

—¿A mí? —Pestañeó—. Adelante, Kane. Lo que sea. Dímelo, y cuenta con ello si está en mi mano.

—Creo que sí está en tu mano. Pero quizás no sea demasiado legal.

—¿Legal? —el negro soltó una carcajada—. Vamos, vamos, Kane. Llevo años enteros olvidándome muchas veces de que existe esa palabra. Y cuando la recuerdo, no sé lo que significa. Adelante, sin rodeos. ¿Qué necesitas?

—Armas.

Duke Ellis se quedó mirándome fijamente. Parecía sorprendido.

—¿Armas? —repitió—. ¿Para qué?

—No estoy planeando una revolución —dije, riendo—. Sólo necesito armas para mí.

—¿Cuántas?

—Varias y de diferentes calibres. Digamos, para empezar, una Magnum 357.

—Eso es artillería gruesa, Kane.

—Después, una más manejable y ligera. Una pistola automática Colt 32, de bolsillo.

—¿Y...?

—Una navaja automática fuerte y segura. De momento, será todo.

—El arma más difícil será el revólver Magnum 357. Es un modelo que sólo utilizan ciertos cuerpos de policía, tú lo sabes.

—Lo sé. Por eso vengo a ti. Duke.

—Creo que puedo conseguírtelo todo. Con munición, supongo.

—Supones bien —asentí—. Una caja de cada una de las armas será suficiente. La navaja la quiero de la mejor calidad, que no falle fácilmente.

—Eso no es problema. Tendrás la mejor —me estudió, algo preocupado—. Kane, ¿seguro que sabes lo que haces?

—¿Lo dudas? —Sonreí.

—No. —Duke meneó la cabeza—. En Vietnam sabías muy bien lo que hacías en todo momento. Gracias a eso sigo vivo. Me salvaste de una mala situación en la selva, rodeados de guerrilleros del Vietcong. No puedo olvidarlo, Kane.

—Pues olvídalo. No vengo a pedirte favor por favor. Pagare bien. Sólo necesito al hombre adecuado. A mí me vigila la policía. Lo tengo difícil.

—Entonces habrá que buscar un medio de entregarte la mercancía sin que ellos lo sospechen.

—Exacto —asentí—. ¿Tienes ese medio?

—Claro. Una vez las armas en mi poder, no habrá problemas.

—¿Vas a tardar mucho en tenerlas?

—Un poco —sonrió ampliamente—. Mañana por la noche. ¿Está bien así?

—Perfecto —suspiré—. ¿Cuánto dinero necesitas, Duke?

—De momento, ni un dólar. Mis proveedores cobran cuando yo digo. Trae el dinero mañana. Efectivo, nada de cheques. Estas operaciones es mejor cerrarlas sin operaciones bancarias por medio. Bastará con mil dólares. Esa gente cobra caro, ¿entiendes?

—No es demasiado —admití, afirmando—. ¿A esta misma hora, Duke?

—Un poco más tarde —miró su reloj—. A las once, por ejemplo. Es buena hora, Kane.

—De acuerdo. Gracias por todo, amigo.

—No me las des —volvió a estudiarme, pensativo, mientras nos estrechábamos la mano con calor—. ¿Sabes que si matas a alguien con esas armas vas a tener problemas?

—Lo sé.

—¿Tienes licencia para usarlas?

—Si la tuviera no estaría aquí.

—¿Y si te cazan?

—Pagaré las consecuencias. Pero nadie sabrá dónde obtuve esas armas. Hasta mañana, Duke.

—Hasta mañana, Kane. Y suerte.

—Gracias —sonreí lúgubrementemente—. Voy a necesitarla. Pero también ellos. Abrí la puerta. Duke, me preguntó con cierta timidez:

—Kane, ¿puedo preguntarte... quiénes son «ellos»?

—Sí —sonreí—. Un puñado de bastardos asesinos. Andan metidos en algo delictivo, no sé el qué. Pero eso no me importa demasiado. Mataron a mi mujer. Es lo que cuenta. La Ley no hace gran cosa. Alguien tiene que hacerlo.

Duke Ellis no dijo nada. Parecía realmente inquieto por mí y por mi futura suerte. Se lo agradecí. Pero no se lo hice saber.

CAPÍTULO IV

Realmente, eran dos buenas armas de fuego. Un Smith & Wesson

modelo Magnum 357, el revólver más poderoso y contundente que se conoce, con su largo cañón, su pesado y sólido cuerpo y sus balas demoledoras. Podía machacar a un hombre a larga distancia, e incluso lanzarle lejos con el simple impacto del proyectil.

El Colt 32 era una pistola automática negra, pavonada, mucho más manejable y ligera, pero igualmente eficaz. La navaja era una verdadera maravilla, por otro lado.

Ancha, afiladísima hoja de doble filo y punta agudísima, brotaba del mango con una leve y seca presión sobre el resorte, emitiendo un seco chasquido, como una rígida, mortal lengua de acero de respetable longitud. Cerrada, se podía llevar en cualquier bolsillo, por pequeño que fuese.

—Ya tienes tu arsenal —dijo Duke, recogiendo los mil dólares sin contarlos siquiera—. Y ahí las cajas de munición. El número ha sido limado en ambas armas. Si te cogen con ellas, vas a pasarlo mal. Si las disparas y pueden probarlo, peor aún. Y si matas a alguien, prefiero no pensarlo.

—Sé todo eso de antemano —sonreí, sopesando las armas en mis manos—. Es como los viejos tiempos, Duke. Da alivio sentir esto en los dedos.

—No estamos en las selvas de Vietnam, Kane.

—Pero estamos en otra selva peor: la de asfalto. Aquí, las fieras y las bestias feroces te acosan. Si no te defiendes, le destruyen.

—Tú no llevas eso para defenderte —me acusó.

—No, claro que no —reí duramente—. Defenderse es dar ventaja al enemigo. El error de los ciudadanos honrados es tener miedo o, en el mejor de los casos, defenderse, simplemente. Hay que atacar. ¿Qué harán entonces ellos, las alimañas de la ciudad?

—No lo sé. Pero me preocupa. Tú vas a tener pronto una respuesta, lo intuyo.

—Yo también —asentí fríamente, guardando las armas en el estuche de cuero que me había regalado Duke para ponerlo en la axila izquierda, y guardar allí el poderoso Magnum. La pistola pasó a mi chaqueta. Y la navaja a mi pantalón. Guardé las cajas de munición en una bolsa de deporte que llevaba conmigo.

Abandoné su local en la noche. Había vuelto a burlar a mis perseguidores del Departamento de Homicidios. Por mucho que escudriñé las calles a mi regreso, no vi ni el menor rastro de ellos.

Rodé en dirección a mi domicilio, observando la quietud y soledad de calles y avenidas a aquellas horas de la noche. Solamente en una zona descubrí numerosas prostitutas vendiendo su mercancía en plena calle, algo más allá a un par de proxenetas grotescamente ataviados, y en otra esquina a unos tipos fumando marihuana en corro.

Eran la clase de gente que podía deambular por las calles de la gran ciudad en plena noche, sin miedo a nada. Los que sobrevivían. Los demás estaban encerrados en sus casas, viendo la televisión o tomándose un trago a salvo de riesgos inútiles.

Me iba aproximando a mi casa. De pronto, me puse rígido al volante. Había un coche frente al edificio. No era un patrullero ni nada parecido, sino un viejo modelo en desuso, de matrícula muy antigua. Había alguien al volante del mismo, como esperando algo.

Anoté con rapidez la matrícula en un periódico que llevaba doblado junto a mí. Luego, mis ojos se dirigieron a la fachada principal de mi vivienda. Sentí un calambre de excitación recorriendo mi cuerpo.

Había dos personas ante la puerta. Dos jóvenes de cazadoras de cuero. Uno llevaba gorra, también de cuero negro. Ambos vestían tejanos ceñidos, color azul desvaído. Estaban haciendo algo. Pronto vi lo que era. Entorné las pupilas fríamente.

Una mecha acababa de ser prendida en la puerta. Chisporroteaba, consumiéndose. Iba unida a un paquete envuelto en papel marrón y depositado en las escaleras de la entrada. Era fácil imaginar el resto.

La pareja de jovencitos echó a correr hacia el coche. Este puso el motor en marcha.

Yo salté del coche vertiginosamente. Corrí, agazapado, hacia la puerta de mi casa. La mecha se consumía por momentos. El coche de ellos empezaba a arrancar, apenas se estaba cerrando la portezuela tras los jóvenes agresores.

Llegué a tiempo. Caí sobre el paquete. Lo tomé en mis manos y lo arrojé a mitad de la calzada con poderoso impulso.

Un formidable estallido atronó la calle. El asfalto se levantó, agrietado, al reventar la carga explosiva del paquete. El coche, que había empezado a rodar, hizo un extraño, se desvió del fogonazo y la densa nube de humo, y fue a empotrarse contra una valla de la otra acera, penetrando unas yardas en unos macizos de flores, donde se empotró violentamente. Ellos saltaron fuera del coche, sobresaltados. Me miraron. Y yo les miré a ellos.

Eran tres jovencitos, y a dos de ellos les recordaba bien.

Se quedaron contemplándome con una mezcla de rabia y del odio. Y, de repente, uno de ellos sacó un arma de fuego.

Vi el negro revólver chato en su mano. Lo alzó contra mí. Uno de sus compañeros le gritó agudamente, con temor en la voz:

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes con eso?

Pronto demostró lo que pretendía. Disparó su arma. Yo me había arrojado velozmente al césped del jardincillo. Oí silbar la bala sobre mi cabeza, mientras tronaba su revólver sordamente. Percibí incluso el chasquido del arma, al girar el tambor para hacer otro disparo.

Vietnam y los vietcong volvieron a mi mente. Me vi tumbado en la maleza, enfrentándome a una muerte cierta. Si le dejaba disparar otra vez, era hombre muerto. Me había ocurrido antes en aquella maldita y sucia guerra. Y había salido de ello de la única forma posible: matando yo, antes de que me mataran.

Es lo que hice.

Mientras los otros dos jóvenes, asustados, retrocedían ante la virulencia de su compañero, no queriendo saber nada, sin duda, con una acción a tiro limpio, yo desenfundé mi Magnum con rapidez. Apenas si apunté. Era tirador de primera en mi Regimiento. Y el blanco era fácil.

El poderoso revólver tronó como un cañón. La bala partió con una rabiosa llamarada, mientras mis dos manos sujetaban con firmeza la culata para evitar desviaciones fatales.

El mozalbete armado saltó hacia atrás, como si un martillo

enorme e invisible le hubiera machacado el pecho. Le oí gritar aguda, horriblemente, y sentí un escalofrío. Se le disparó el revólver, pero apuntaba ya a las estrellas. Cayó de espaldas sobre un seto. Despavoridos, los otros dos escaparon como alma perseguida por el diablo. Dejaron sólo a su compañero, inmóvil y desparramado sobre el verde.

Me erguí despacio. Una nube roja velaba la visión ante mis ojos. La había visto antes, en Vietnam, cuando maté al primer soldado enemigo. Matar no es fácil ni agradable. Deja un regusto amargo y horrible. Pero a veces no hay otro remedio.

Aquel muchacho, un simple adolescente, me hubiera volado la cabeza con total sangre fría, si yo no hubiese ido armado como iba. Pero esa justificación no me quitaba el mal sabor de boca ni la nube roja de mis pupilas. En la distancia sonaron sirenas. Miré como hipnotizado el arma que tenía en mis manos.

El muchacho a quien había abatido, era uno de los del grupo del *pub* la tarde anterior. Ignoraba su nombre, pero era uno de ellos. El otro a quien reconocí entre los dos que huyeran, también. Ninguno era Willie Gilbert ni tan siquiera Budd Dillman, el chico de pelo rapado y la insignia nazi.

Recordé que aún empuñaba un arma de fuego ilegal. Y que la policía estaba al llegar, atraída por el tiroteo y el estampido del explosivo. Me incorporé y fui hacía mi coche. Subí a al. Empezaban a encenderse luces en las casas vecinas, pero prudentemente, nadie asomaba todavía a ver lo sucedido.

Me alejé rápidamente con mi coche. Me detuve el tiempo justo para depositar en un jardín vecino, bajo unos densos setos, un envoltorio con mis armas de fuego y cartuchos, regresando luego lentamente hacía mi domicilio.

Cuando llegué allí, ya eran tres los coches-patrullas reunidos ante la casa. Dos agentes examinaban al muchacho abatido en el seto de enfrente. Otros dos revisaban, perplejos, el asfalto levantado, la huella formidable de la explosión. Los demás, al verme parar ante la casa, fueron a mi encuentro.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó un agente, mirándome desconfiado.

—Harry Kane —sonreí, señalando la casa—. Vivo aquí, agente. ¿Qué ha sucedido? Oí disparos y una explosión o cosa parecida...

—Al parecer, alguien ha confundido su calle con un campo de batalla, señor —dijo el policía—. Hay un muchacho muerto allá enfrente. Le dieron un balazo terrorífico en pleno pecho. Debieron usar el arma más potente que se conoce.

Me estremecí. Sí, la muerte siempre era odiosa. Incluso la de un enemigo dispuesto a matarle a uno. Era legítima defensa, pero era una muerte. Y no podía decirlo.

—No se puede vivir ya en esta maldita ciudad —gruñí—. ¿Quién era el chico?

—No se sabe. Debía ir con otros y les estalló un artefacto. Luego debieron librar una batalla campal entre ellos. Es lo que suponemos, claro. Puede entrar. Si le necesitamos para algo, le avisaremos. Pero tenga cuidado. Cualquiera de esos jovenzuelos pudo haberse escondido en su casa. Si no tiene inconveniente, sería mejor que entrase con usted, para asegurarme de ello.

—Claro, agente —asentí—. Eso también me tranquilizará a mí.

Le abrí la puerta. Como esperaba, nadie se había escondido en casa. Me dejó solo unos minutos más tarde. Yo no me acosté. Sabía que iban a despertarme pronto. Me senté en el *living*, y me serví un *scotch* con hielo. Puse un disco de música clásica en el tocadiscos. Me senté cómodamente.

Antes de terminar la cara A del disco, llamaron a la puerta. Suspiré. Todo ocurría tal como había imaginado. Fui a abrir. Como esperaba, mi visitante era el teniente McDowall.

—Se llamaba Bo Starrett, Un chico con fama de violento, cruel con los animales y capaz de desnudar a una chica en pleno Broadway sin sentir el menor pudor.

—Una buena pieza, ¿no?

—Inmejorable. Sólo con dieciocho años. Se le suponía mezclado en tráfico de drogas duras, y fumaba frecuentemente marihuana. Sus padres no sabían nada de todo eso. La verdad es que tampoco se han preocupado jamás demasiado de él. Viven fiestas sociales, frecuentan sitios de lujos y viven al margen de sus hijos.

—¿Qué hacía por aquí? —pregunté ingenuamente.

—¿Es que no lo sabe usted, Kane?

—¿Cómo podría saberlo? —Enarqué las cejas—. Ni siquiera había llegado a casa cuando sucedió todo eso...

—Ese chico, Bo Starrett, podría ser uno del grupo que mató a su mujer.

—También podría ser uno de los que destrozaron mi jardín y mataron al gatito, teniente.

—De eso estoy casi seguro —rezongó él—. ¿Pero quién diablos pudo matarle con un Magnum 357?

—¿Un qué? —indagué con aire sorprendido.

—Usted tiene que conocer esa clase de arma. Un revólver poderosísimo que rara vez se utiliza. Capaz de hacer volar por el aire a una persona herida de cerca. Destrozó el pecho del muchacho como si fuese de cartón.

—¿Y él no iba armado?

—Oh, sí. Un

Smith & Wesson

calibre 38. Disparó dos balas. Tuvo que ser una batalla en toda regla. Pero ¿con quién? Primero se desviaron, al estallar el explosivo en medio de la calle, rompiendo su para brisas. Eso les metió en un jardín frente al suyo, Kane, donde tuvo lugar el tiroteo y donde cayó muerto él. Si llevaba compinches con él, como suponemos, huyeron despavoridos.

—¿Y qué supone usted de todo eso, teniente?

—Algo muy sencillo: ellos venían a poner el explosivo en su casa, Kane. Por una razón que ignoro, estalló en otro lugar y eso cambió todo. Después, llegó el tiroteo.

—¿Contra quién? ¿Entre ellos mismos, quizás?

—Es una posibilidad. También que hubiera una banda rival o cosa parecida —me miró fríamente, encajando sus mandíbulas—. O usted les sorprendió, enfrentándose a ellos.

—¿Yo? —Le miré con aire perplejo—. Teniente, sus hombres me vieron llegar. Todo había terminado ya.

—Pudo estar aquí, marcharse y volver.

—¿Cree que yo tengo armas de fuego aquí?

—Aquí o en su coche. Debería dejarme registrarlo todo, Kane, si quiere colaborar de verdad con nosotros. ¿Qué dice a eso? ¿O prefiere una orden judicial?

—Por Dios, teniente —rechacé con suavidad—. No soy su enemigo. No tengo por qué ocultar nada. Busque donde quiera. Tome las llaves de mi coche. Y la casa es suya.

—Gracias —me estudió, ceñudo, inseguro de sí mismo—. Tal vez no encuentre nada, pero me sentiría más tranquilo así.

—Adelante —le invité, irónico—. No deje ningún rincón olvidado, teniente.

El registro fue minucioso. Incluso revisaron él y sus hombres mi jardín palmo a palmo. Al final, pareció realmente desilusionado. Se limpió de tierra las manos, y me dirigió una mirada dubitativa.

—Sigo pensando que usted no es ajeno a todo esto —murmuró—. Si alguien le disparó y usted obró en legítima defensa, dígallo, Kane. No es un delito. Saldría bajo fianza en cuestión de horas, y ningún juez le condenaría por defenderse de un mozalbete como Bo Starrett.

Le contemplé hermético, inexpresivo. Me encogí de hombros.

—No tengo nada que decir, teniente —fue mi respuesta—. Si ha terminado la búsqueda, buenas noches.

Se encaminó a la salida, malhumorado. Se volvió a mirarme, agitando un dedo con aire acusador.

—Cuidado Kane —silabeó—. No me gustan los vengadores ni los detectives aficionados. Si sigue este camino, si es usted el que mató a Starrett, puede verse metido hasta el cuello en un caso de asesinato. Y entonces, nadie le salvaría el cuello, puede estar seguro.

—Adiós, teniente —le despedí con frialdad—. Siempre tendrá mi colaboración cuando la quiera.

Abandonó la casa dando un portazo. Miré a través de una ventana. Habían retirado el cuerpo del muchacho agresivo y cruel llamado Bo Starrett. Pero quedaban policías deambulando por la calle o revisando el coche abandonado por ellos.

Me retiré a descansar. No dormí bien esa noche. Tal vez era una tontería, pero incluso matar en legítima defensa a un delincuente juvenil peligroso y violento, me había afectado en exceso.

Sin embargo, sabía que no había hecho más que empezar. El ángel de la muerte estaba aún en su primer vuelo.

Algunos periódicos publicaban fotografías del muchacho muerto. Ningún reportero se mostraba demasiado piadoso con él ni con sus padres. Éstos eran gente de la mejor sociedad neoyorquina. Tenían amistades en la Quinta Avenida, incluso. No se les veía demasiado llorosos ni compungidos en las fotografías de urgencia

en la Morgue.

Una columna de fondo mencionaba la creciente delincuencia juvenil en barrios de Nueva York de los llamados «selectos», como si el tumor que naciera en el Bronx o en Harlem, se hubiera extendido a las zonas elegantes de la ciudad. Culpable de ello a los padres, a la permisibilidad de las autoridades y a la ineficacia comprobada de Legislaciones anticuadas y poco flexibles. Presté atención a un dato que figuraba en aquella crónica, aludiendo a diversos clubs juveniles y discotecas que se convertían en auténticos nidos y centros de reunión de pandillas de muchachos drogadictos, homosexuales, atracadores o navajeros, cuando no proxenetas ya, metidos en el negocio de la prostitución, para sacar dinero a una amante madura y perversa.

Uno de los locales mencionados estaba precisamente en Queens. A tres manzanas del lugar donde mataron a Jenny, y a sólo cinco de los diversos negocios de Ian Yellberton.

Anoté su nombre: *Q 1000*. Y me dispuse a visitarlo en cuanto me fuera posible.

CAPÍTULO V

El *Q 1000* resultó ser una mezcla de discoteca y *pub*. Dividido en dos locales separados entre sí por un par de paredes negras y un corredor que conducía a los servicios, uno de los recintos estaba exclusivamente habilitado para bailar bajo las cambiantes luces frenéticas de colores, mientras un equipo de sonido demasiado ruidoso impedía la conversación y obligaba a los presentes a danzar o a emborracharse de sonidos. El otro, con su barra larga, tenuemente iluminada por tubos indirectos de luz dorada, solamente permitía oír la música de la discoteca a través de un altavoz graduado suavemente.

Recorrí los dos recintos con lentitud, llevando en mi mano un alto vaso con *scotch* y hielo. La otra mano, sepultada en el bolsillo, empuñaba el Colt 32, única arma de fuego que llevaba ahora encima, junto con la navaja. El Magnum reposaba en un escondrijo especialmente habilitado dentro de mi coche.

Estaba seguro de hallarme en una de las madrigueras de los jóvenes violentos. Muchos de los muchachos de chaqueta de cuero o nylon con quienes me cruzaba en torno a la pista o junto al bar, podían ser de la misma pandilla que asesinó a Jenny. O de otra parecida. Todos igualmente peligrosos en su brutal inconsciencia, en su amor al peligro, a la droga, al sexo, a la violencia, al dinero fácil...

Observé a chicas con faldas ceñidas o pantalones cortos, bailando pegadas a sus parejas. Apenas si tenían muchas de ellas quince años, y ya se las veía congestionadas de deseos, dejándose manosear por su pareja o tomando ellas audazmente la iniciativa. Algunos rincones oscuros me hicieron alejarme de ellos presuroso, porque los jadeos y movimientos que se percibían sobre los mullidos asientos, eran de por sí harto expresivos.

—¿No bailas, guapo? —me preguntó una—. Eres un «carroza»,

pero estás bien...

La miré tristemente. Moví la cabeza en sentido negativo y la dejé atrás. Era una *teenager*, casi una niña. Su camisa dejaba adivinar unos pechos aún en formación. Pero me miraba con sonrisa lúbrica, e incluso alargó una mano hacía mis piernas. No pude evitar el roce de sus dedos, pero eso fue todo.

Salí del bar. Me pregunté quién o quiénes tenían interés en imbuirles el sexo como una droga a la mayoría de aquellos chicos y chicas. Cerca de mí, noté un olor ácido y dulzón a la vez. Sabía cuál era el olor de los «porros». Miré. Dos chicos y dos chicas se rieron de mi expresión y me ofrecieron dar una chupada a sus toscos cigarros.

Negué, dirigiéndome a la barra. Me senté en un extremo, pidiendo otro *scotch*. Empezaba a sentirme incómodo allí. Cada vez había más gente, toda ella joven. A mis treinta años, me sentía un viejo desplazado entre todos ellos. Era como pertenecer a otro mundo.

—¿Se encuentra mal?

Miré, sorprendido, esperando otro intento de «ligue», como ellos decían. En efecto, era una chica joven, muy joven, la que se hallaba sentada junto a mí, tomando un licor verde, lleno de hielo picado.

—Es posible —asentí—. Hace mucho calor aquí.

Ella era ligeramente pelirroja. Suave de facciones, algo pecosilla. Ojos grandes y verdes. Labios carnosos. Parecía tener diecisiete o dieciocho años. Adivinó mis pensamientos y se echó a reír.

—Represento menos edad de la que tengo —dijo—. He cumplido veinte años este mes.

¿Eso le tranquiliza?

—Un poco —admití—. Pero sigo siendo un viejo entre todos ustedes.

—¿Por qué vino, entonces? —preguntó, curiosa.

Me encogí de hombros. Era una buena pregunta, pero no me gustaba responderla.

—No sé —eludí—. No tenía una idea fija. Y me metí aquí.

—Creo que me está mintiendo —dijo ella.

Pestañeeé, mirándola sorprendido. No iba apenas maquillada. Pero aunque vestía unos tejanos y una camisa, su aspecto era diferente al de las otras chicas del local. Me pregunté por qué.

—¿Qué le hace pensar eso? —indagué.

—Le he observado hace rato. No hace sino buscar algo. ¿Una chica? No debe sentir vergüenza si le gusta una adolescente. No es usted tan viejo. Y hoy en día, todo está justificado.

—¿Usted cree? —dudé—. No, no busco a ninguna chica.

—Pero busca a alguien —sonrió.

Era algo más que joven y bonita. Era lista, muy lista. Apuré su licor verde. Hice un gesto al barman.

—Tome algo —la pedí—. Por favor.

—Gracias —ella se volvió al barman—. Otra menta granizada, Phil.

—Sí, María —asintió el camarero, alejándose.

—Veo que la conocen mucho por aquí —señalé.

—Vengo a veces —asintió ella, distraída—. Tengo algunos amigos y compañeros de estudio que frecuentan el Q 1000, especialmente en sábado.

—¿Usted estudia?

—Medicina —afirmó.

—No creo que todos los clientes de este local estudien.

—No, todos no. Ni mucho menos. El local no es bueno. La gente tampoco. Pero nadie se mete aquí conmigo. Lo cierto es que tampoco acostumbro a estar sola como hoy. Un amigo mío se está demorando. Quedé citada con «Doc» para ir al cine.

—¿«Doc»? ¿Un médico?

—No, no —rió—. Sólo estudiante. Pero le llamamos ¡«Doc»! Su nombre es Bill Miller. Es el mejor de todos, quizás porque su padre también es médico. Lleva el botiquín de un gran hospital de esta ciudad. Su hijo prefiere soñar con ser cirujano.

—¿Y usted?

—Puericultura o Geriátrica. Me seduce cuidar niños o ancianos. El principio o el fin de la vida. Elegiré especialidad cuando termine la carrera de medicina general. Para eso aún me faltan un par de años, si todo va bien.

Le sirvieron su menta granizada. La observé curiosamente, mientras sorbía con las pajitas de plástico de colores. Tenía un gracioso mohín en sus labios al hacerlo, que marcaban dos hoyuelos en sus mejillas. Uno no sabía si era una chiquilla con aires de mujer, o una mujer con aspecto de chiquilla.

—¿Está «Doc» por aquí, María? —preguntó una voz a mis espaldas. Ella miró por encima de mi hombro y negó.

—No —dijo—. Aún no ha venido, Willie.

Me estremecí. Miré hacia el cristal color humo que formaba el fondo del mostrador. Le vi. Mi presentimiento era cierto. Se trataba de él. Willie Gilbert. El muchacho puesto en libertad por el teniente McDowall. El sobrino de Ian Yellberton. Uno de «ellos».

Willie también me había visto. Estaba mirándome fijamente por el mismo espejo. Se sobresaltó.

—Eh, ¿qué diablos hace este tipo aquí? —farfulló—. ¿De qué lo conoces, María?

—De ahora mismo. Se sentó a mi lado casualmente... —Los verdes y bellos ojos de ella reflejaron asombro—. ¿Qué te pasa, Willie?

—Es un maldito cerdo —jadeó Gilbert, apartándose de mi colérico y levantando la voz—. ¡Es un amigo de los polizontes, un confidente de esa basura de policía!

Había logrado su objetivo. Mientras María me miraba extrañada y perpleja, el resto de los jóvenes allí presentes se volvieron para contemplarme con odio y con ira. De repente, a mi alrededor, se formó un cerco hostil, peligroso. La atmósfera del *pub* se cargó de electricidad.

Traté de mantenerme sereno. Miré a Willie.

—¿Qué te pasa? —pregunté en voz alta—. ¿Me tienes miedo acaso, Gilbert? ¿Por qué no dices a tus amigos que no tengo nada que ver con la policía, y que solamente soy el viudo de la mujer que una pandilla de navajeros asesinó en Queens hace unas noches tras intentar violarla?

Bajé de mi banqueta, dirigiéndome en línea recta hacia él. Dos jovencitos fornidos, de camiseta ceñida y músculos desarrollados, con el pelo brillante a lo Travolta, me cerraron el paso con caras de pocos amigos, mientras Willie se escabullía de mí.

—Eh, amigo, ya basta de bravatas —silabeó uno—. ¿Por qué no se larga de aquí? Es un «carroza» apestoso y está molestando. Váyase con los viejos que es su sitio, bastardo arrugado.

Un coro de risas sarcásticas se elevó en torno mío. Miré a aquellos rostros congestionados que me miraban agresivamente. En realidad estaban deseando que les provocase de algún modo para

lanzarse todos sobre mí y darme un buen escarmiento.

Los dos musculosos esperaban, seguros de machacarme en cuanto les replicara. No moví un músculo de mi rostro. Mi voz sonó chirriante y se elevó por encima de la suave música que llegaba de la discoteca:

—De entre vosotros, tres al menos estuvieron mezclados en el asesinato de una mujer embarazada —dije—. Esa mujer era mi esposa. Estoy buscando a esos asesinos. Los encontraré, estén donde estén. Y el que se interponga entre ellos y yo, lo pagaré caro.

—Por favor, déjelo —oí que me suplicaba María en voz baja—. Son peligrosos...

—Sí, amigo. Se está metiendo en un feo asunto —rió uno de los tipos de fuertes músculos, moviéndose hacia mí—. Usted se lo ha buscado, viejo carcamal.

Y me lanzó el primer impacto al hígado. Su compañero, mientras tanto, me dirigió una mano cerrada, semejante a un mazo, contra la oreja. María gritó roncamente.

Yo bloqueé los dos golpes con ambos brazos. Habíamos aprendido cosas así en la unidad especial de combate en Vietnam. Y cosas más difíciles. Les hice una rápida demostración a los dos jóvenes chulos.

Además de bloquear sus golpes, disparé una de mis piernas con la velocidad y potencia de una ballesta. Sentí crujir el mentón de uno de ellos, alcanzado por mi golpe de taekwondo. Se fue atrás, vomitando sangre, y le sujetaron cien brazos sorprendidos. Simultáneamente casi, apenas sentí liberado mi brazo izquierdo del bloque de su puño, lo proyecté con virulencia contra la garganta del otro. No cerré la mano. Ni hacía falta. El borde de ella, como un hacha, machacó el lateral del cuello musculoso. De haberlo hecho en su nuez, le habría matado en el acto.

Aulló roncamente, ladeando la cabeza con un rictus de dolor. Yo culminé mi trabajo con un directo de derecha, realmente brutal, contra su estómago. Se dobló, tosiendo, y mis dos manos unidas cayeron sobre su nuca en mazazo decisivo. Rodó a mis pies como un toro herido de muerte. Y se quedó quieto.

Miré a los demás jovenzuelos, que me contemplaban con una mezcla de estupor y respeto. Aun así, tres de ellos llevaron mano a sus ceñidos pantalones. Oí chasquidos secos. Brillaron tres aceros

afilados en sus manos, apuntándome amenazadores.

—¡No, por el amor de Dios, eso no! —clamó María—. ¡No hagáis esa locura! ¡Está desarmado y es un hombre solo! ¡Sería un asesinato!

No la hicieron caso. Dieron un paso hacia mí, con una expresión siniestra en sus ojos, brillantes y dilatados. Los demás, asustados, se apartaron sin intervenir. Entendí las circunstancias. Aquellos tres mozalbetes estaban drogados. Era la droga la que les movía, no su razón. Eso les hacía doblemente peligrosos.

—No, María —sonreí—. No estoy desarmado. Y no dudaré en mataros, chicos. Estáis avisados.

Hundí la mano en la chaqueta. Reapareció con el Colt 32. Apunté a los tres. Se quedaron helados. Mi índice presionó levemente el gatillo.

—Un paso más con esas navajas en la mano, y os acribillo —avisé—. ¡Vamos, tiradlas al suelo, enseguida!

Vacilaron. Rápido, quité el seguro del arma. Tras el chasquido, mi índice se curvó.

Debieron ver el brillo en mis ojos. Y se asustaron.

Las navajas cayeron al suelo. Uno silabeó, colérico:

—Willie tenía razón. Es un asqueroso polizonte. Lleva pistola.

—No soy un policía —rechacé—. También los asesinos llevan pistola. Como Bo Starrett, por ejemplo. Y no le sirvió de mucho anoche.

Me moví hacia la salida, sin desviar mis ojos de todo aquel nutrido grupo de jovenzuelos amedrentados. El barman ni siquiera llamaba a la policía. Sabía que el primer perjudicado sería el local si había allí disparos o acudían los patrulleros.

—Por favor, quedaos todos donde estáis —pidió el camarero a sus jóvenes clientes.

Que ese hombre salga de aquí sin problemas.

Le obedecieron. O tal vez hubiesen obrado igual a causa de mi pistola. Salí a la calle. Al lado del aire sofocante de allá dentro, la noche resultaba quieta y apacible aun con sus olores urbanos y su índice de contaminación.

Caminé hacia mi coche. Una voz sonó a mis espaldas cuando llegaba ya a él:

—¡Espere, por favor!

Me volví. María cruzaba a la carrera hacia mí. Sus piernas eran ágiles y esbeltas pero de firmes muslos bien torneados bajo el dril tejano. Se detuvo a mi lado, mirándome. Unas luces parpadeantes de la discoteca, color rojo, hacían más cobrizo su pelo revuelto.

—Hola —sonreí—. ¿Deja a sus amigos?

—Ésos no son mis amigos. Sólo los conozco de verlos allí.

—Pero Willie Gilbert sí lo es.

—Willie es amigo de «Doc». El me lo presentó. Forman parte del mismo grupo de amigos.

—¿El mismo grupo? Eso es interesante... —Moví la cabeza—. ¿A qué viene, María?

—No me gusta el ambiente que se ha creado esta noche allí. No quería quedarme sola. Pueden pensar que soy amiga suya, señor...

—Kane. Harry Kane. No me llame «señor». Ya soy lo bastante viejo sin eso —sonreí.

—Oh, no diga tonterías —rechazó ella—. Ni haga caso a lo que éstos dicen. Para ellos un hombre de veinticinco años ya es un viejo. Son sus modos. Se creen el ombligo del mundo. Cuando despierten de ese absurdo sueño, tal vez sea demasiado tarde. Ser joven es algo más que andar desafiando a los demás con violencias. Kane.

—En efecto —suspiré—. Todos hemos sido jóvenes. Y hemos cometido errores. Pero eso es diferente. Navajas, atracos, drogas, embrutecimiento... Sí, es diferente —abrí la portezuela—. ¿La llevo a alguna parte, María?

—Sí, por favor —asintió ella—. Si no le va mal dejarme en Jamaica, en Hillside Avenue...

—No, claro que no. No tengo prisa ni voy a ningún sitio en especial.

Se sentó a mi lado. Arrancamos. El *Q 1000* y sus guiños de luz roja quedaron atrás. Noté que ella me miraba. Sin dejar de guiar y contemplar la ruta, pregunté de pronto:

—¿Por qué me mira, María?

—Estaba pensando...

—¿En qué?

—En usted. En lo que dijo allí. ¿Era cierto? ¿Asesinaron a su mujer?

—Sí.

—¿Sabe quién fue?

—No estoy seguro. Pero Willie Gilbert formaba parte del grupo.

—¿Por qué no lo han detenido?

—Lo hicieron. Pero el único testigo fue amenazado y se retractó. Sólo pudieron acusarle de resistencia a la policía. Un tío suyo pagó la fianza. Ahora está libre, ya lo ve. Pero yo sé que él era uno de ellos, aunque no fuese quien clavó una navaja a mi mujer. Dos de ellos lo hicieron. Los otros dos estaban allí, viéndolo. Y los cuatro intentaron previamente violarla.

—Dios mío... —Noté que ella se estremecía, ocultando su rostro entre las manos.

—Luego destrozaron una noche mi jardín y mataron a mi gatito como amenaza para que dejase de buscarles por mi cuenta. Anoche, además, intentaron dinamitar mi casa. Les falló. Y uno de ellos murió. Se llamaba Bo Starrett.

—¿Bo Starrett? —Meneó la cabeza lentamente—. Nunca oí ese nombre antes. De veras siento lo que le sucedió, Kane. Pero usted no puede ir por el mundo buscando a esos asesinos. Nadie puede convertirse en juez, jurado y verdugo...

—Porque nadie lo ha intentado cuando la justicia o la Ley le defraudaron con sus errores e imperfecciones. No voy buscando a nadie para matarlo. Sólo para que confiese su culpabilidad. Pero si me atacan, me defiende y ataco a mi vez.

—Ya lo vi en el club. ¿Dónde aprendió a luchar así?

—En Vietnam —sonreí duramente—. Esa guerra, al menos, tuvo algo bueno • para mí.

Puedo defenderme solo.

—De eso no tengo duda alguna —meneó la cabeza, pensativa—. Si pudiera ayudarle...

—Nadie puede hacerlo, María —suspiré—. Gracias, de todos modos.

—Espere —puso una mano sobre mi rodilla. La sentí, suave y pequeña, apretando mi pantalón y mi carne. Me estremecí ligeramente—. Usted dice que Willie es uno de ellos.

—Pondría mi mano en el fuego por eso —asentí.

—En tal caso, «Doc» podría saber algo...

—O ser del mismo grupo —sugerí.

—¿«Doc» un asesino o un delincuente? —María mostróse sorprendida—. Oh, no, no. No creo que tenga nada que ver en eso.

Pero podría conducirle hasta los amigos de Willie Gilbert que pueden estar mezclados en el hecho... Es un buen amigo de Willie, es lo que él me dijo.

—Sin embargo, su amigo «Doc» no ha venido esta noche, María.

—Pero sé dónde podemos encontrarlo ahora.

—¿De veras? —Miré con interés a la joven, mientras un semáforo en rojo nos detenía a la altura de Jamaica Avenue—. Sería interesante hacer la prueba...

—Entonces, vamos —asintió, complacida—. Cambie de rumbo, Kane. Hacia Hollis. En Francis Lewis Boulevard hay un local de máquinas electrónicas y billares. Al lado, se comen las mejores hamburguesas de todo Queens. «Doc» suele ir allí.

—Aprovechemos ambas cosas, entonces. Veremos a «Doc»... y probaremos esas hamburguesas —acepté, virando el coche cuando el semáforo cambió—. Resulte o no, María, María... gracias por todo.

—No sea tonto. Me gustaría ayudarle, eso es todo. Soy mujer y sé algo sobre los sentimientos. Me gustaría que un día los canallas que hicieron eso a su esposa pagaran por ello.

Asentí. Quizás aquella muchacha no podría serme de mucha ayuda. Pero el solo hecho de intentarlo, ya la hacía ser para mí algo más que una simple amiga hallada en un bar en plena noche.

Por el momento, era mi aliada. Mi única colaboradora en el mundo.

CAPÍTULO VI

«Doc» Miller resultó ser un muchacho delgado, con gafas, vestido enteramente con prendas tejanas, unos *jeans* y un chaleco de igual género y color azul desvaído, con botones de cobre, encima de una camisa gris remangada.

Miró perplejo a María cuando ella me presentó. Evidentemente, le extrañaba ver a su compañera de estudios con un hombre de más de treinta años. Pero su modo de saludarme no fue despectivo ni irónico. Aparentemente, ella parecía tener razón. «Doc» Miller parecía un muchacho de distinta condición a Willie Gilbert y sus amigos.

Aceptó ir con nosotros al *snack* vecino, y también pidió una hamburguesa con zumo de naranja. La escuchó en silencio. Luego, me miró, preocupado.

—De modo que es usted... —comenzó, inseguro.

—¿Yo? ¿Quién? —quise saber.

—Ese hombre, Harry Kane... Me han hablado de usted.

—¿Quién? ¿Willie?

—Y un amigo suyo de pandilla, un tal Tim Nolan. Sólo los conozco a ellos dos de ese grupo. No acostumbro a acompañarles, porque sé cuáles son sus actividades habituales: fumar «porros»; explotar a unas pobres furcias viejas a base de amenazas, llevarse a viva fuerza a chicas de su edad para abusar de ellas con obscenidades... En fin, no me gusta esa clase de diversiones. Una vez fui con Willie y Tim Nolan y me fui asqueado. Nolan sufre epilepsia. Es un obseso sexual. Tiene obsesión por las felaciones y las exige a viva fuerza a cualquier muchacha. Luego, sufre siempre un ataque epiléptico.

—Es repugnante, «Doc» —dijo María.

—Lo sé —la miró, ceñudo—. Nunca te hubiera hablado de eso, María, de no venir esta noche con el señor Kane a verme. Nolan fue

quien me contó la otra noche que a Willie le habían confundido con chicos de otra pandilla que mataron a una mujer intentaban violarla. Me dijo que el marido, Harry Kane, era un tipo duro, dispuesto a todo, y que se dedicaba a seguirles, pensando que eran ellos los culpables.

—¿Crees que era sincero al hablar así? —le pregunté a «Doc».

—No lo sé. Ni quise saberlo tampoco —resopló el muchacho—. Ya le digo que sus juegos me aterran. Pero he recordado la historia al oír su nombre y contarme María lo que sucede. ¿Usted sí está seguro de que Willie es culpable?

—Tengo motivos para pensar que sí. Pero no pruebas, «Doc».

—¿Y si se equivocase?

—Por eso no quiero equivocarme. Deseo estar totalmente seguro de todo ello. Sin un asomo de duda.

—¿Y qué hará entonces? ¿Matarles?

—Si me obligan a ello, sí. Pero no soy un ángel exterminador, aunque algunos lo piensen. Me conformaría con entregarlos a la Justicia.

—¿Y ése no es asunto de la policía, señor Kane?

—Lo es. Pero la policía no siempre cumple su misión en esta ciudad, todos lo sabemos.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—Supongo que muchas cosas que tú no puedes contarme porque las ignoras.

—Ignoro muchas cosas, en efecto. Y sé otras muchas que pueden ayudarle.

—¿Por ejemplo?

—Verá: todo el mundo dice que la pandilla de Willie es algo más que un grupo de desaprensivos violentos. Que no sólo andan por ahí provocando a la gente o buscando placeres viciosos, sino que existe algo más profundo y oscuro en sus actividades.

—¿Por ejemplo...?

—No sé. Ya le digo que son sólo rumores, cosas que están en la calle... Un tío de Willie está metido en el asunto de alguna forma, un tipo que tiene negocios poco claros.

—Le conozco. Ian Yellberton.

—Sí, creo que se llama así. Es posible que Willie y su pandilla formen un grupo de traficantes de drogas duras. Ya sabe, cocaína y

cosas así. Aparentemente, sólo se preocupan de fumar marihuana, pero eso puede ser sólo una pantalla para su verdadera labor. También puede ocurrir que busquen chicas menores de edad, verdaderas niñas, para la prostitución infantil y para posar en estudios donde se fotografían y filman temas pornográficos prohibidos. Ya me entiende, señor Kane: escenas obscenas con niñas y menores de edad, para un público pervertido... Nadie sospecha de un grupo de jóvenes airados con sus motos y sus chaquetas de cuero, como personas mezcladas en una cadena de tráfico de drogas o de prostitución juvenil. Esas dos versiones corren por ahí. Ambas pueden ser ciertas, o sólo una de ellas.

—O tal vez ninguna.

—Tal vez. Pero yo diría, por las cosas que se oyen en los sitios que frecuento, señor Kane, que algo hay de cierto en eso.

—Pero entonces, violar y matar a una mujer, no haría sino perjudicar a sus actividades delictivas...

—Eso es cierto —asintió «Doc», mirándose con interés—. Willie se deja ver poco estos días por todas partes. A Tim Nolan casi ni se le ve. Es como si algo que ha sucedido les tuviera demasiado preocupados para lanzarse a sus correrías habituales. Si manejan un asunto gordo, es obvio que hay un jefe, un cerebro detrás, sea Yellberton o quien sea. Y a ese jefe no le habrá hecho ninguna gracia lo sucedido con su esposa, señor Kane. Es posible que les obligue a permanecer virtualmente fuera de la circulación durante un tiempo.

—Sí, empiezo a creer que tienes razón, «Doc» —asentí—. Me has sido muy útil, muchacho.

—Espero que no se lo diga a nadie —resopló él, mirando en torno—. Esa clase de tipos no se portarían demasiado bien conmigo si pensarán que soy un confidente suyo.

—Descuida. Nadie sabrá nada —le miré fijamente—. ¿Qué te dice el nombre de Bo Starrett?

—¿Bo Starrett? —Pegó un leve respingo—. Es un amigo de Willie... Creo que forma parte de su pandilla habitual...

—*Formaba* parte —rectifiqué suavemente, poniéndome en pie—. Anoche le mataron enfrente de mi casa, «Doc», cuando intentaba dinamitar mi domicilio y empuñaba un revólver que disparó dos veces antes de morir...

Poco después, María y yo abandonamos el *snack*, y «Doc» Miller volvía a sus máquinas y billares. La ofrecí llevarla a su domicilio, en Jamaica Queens. Ella aceptó gustosa.

—¿De verdad cree que ha conseguido algo con lo poco que sabe «Doc»? —me preguntó tras un silencio.

—Sí —asentí—. He conseguido mucho más de lo que esperaba. Ahora sé que, posiblemente, no sólo tenga que enfrentarme a un puñado de jovencitos sin conciencia, sino también a una organización criminal capaz de todo.

—¿No le asusta esa idea?

—Me preocupa tan sólo. Y me pregunto por qué la policía, que cobra de nosotros para hacer este trabajo, sigue sin saber nada de nada... ni encuentra la basura que se esconde bajo el asfalto de esta maldita ciudad.

María no comentó nada. La dejé en su casa, tras saber que se llamaba María Ryker y vivía sola con una tía suya. Sus padres habían muerto en accidente siendo ella una niña. Le di mis señas y teléfono, y prometí que nos veríamos de nuevo.

Pero eso nunca podía ser seguro. Yo era una especie de ángel de la muerte, volando sobre una ciudad corrupta en busca de la verdad. Podía matar a mis enemigos. Pero también podía morir.

Ése era el riesgo del juego.

Esta vez, Yellberton no se reunió con un grupo de muchachos como en la anterior ocasión.

Tras comprobar cuidadosamente que no era seguido por nadie, condujo hasta una zona de Bellerose, al nordeste de Queens, y no lejos de Alley Park, exactamente en Springfield Boulevard, frente a un punto donde no se alzaba residencia alguna, y sí unas ondulaciones de césped y unas verjas, pertenecientes a un club deportivo privado donde se practicaba el golf, el tenis y el aeromodelismo, entre otras cosas.

Yo le había seguido todo el tiempo, pero tenía tomadas previamente mis precauciones para no ser advertido por Yellberton. A la distancia adecuada, y cambiando a última hora mi coche por un taxi que supo mantenerse diestramente en pos del tío de Willie Gilbert, alcancé Springfield Boulevard sin ser advertido.

Despedí el taxi, arriesgándome a ser burlado si la aparente

espera de Yellberton delante del campo deportivo era sólo una maniobra o una añagaza para desorientar a posibles seguidores, y me quedé a la espera, con unos prismáticos en la mano, de lo que pudiera acontecer. Tenía una parada de taxis a una manzana de distancia, pero si Yellberton maniobraba con rapidez, eso no me ayudaría mucho.

Sin embargo, todo fue mucho más sencillo. Era evidente que Yellberton ya se creía a salvo de posibles espías de sus actos. Momentos más tarde, por una puerta lateral del club deportivo, salió un automóvil de moderna factura, un Ford último modelo, color mostaza, que rodó suavemente, hasta detenerse junto a Yellberton. Éste bajó de su coche y miró en torno cautelosamente. Luego, se aproximó al Ford. La portezuela de éste se abrió. Yellberton se dispuso a entrar.

Rápidamente, corrí hacia la parada de taxis. Avisé a uno. Cuando subí a él, ya el Ford color mostaza arrancaba de nuevo, llevando dentro a Yellberton y al conductor inicial del coche lujoso. Aceleraron pronto, en dirección a Bayside, por Clearview Expressway.

Le seguimos sin dificultades. Mi taxista dijo que aquello, de momento, era coser y cantar. Se detuvieron unos minutos después, ante un restaurante aislado, donde se anunciaban especialidades en mariscos y pescados. Descendió Yellberton del coche. Éste fue aparcado en la zona perteneciente al restaurante, y un hombre fornido, canoso, de impecable traje gris, salió de él, yendo en pos del otro. Entró en un restaurante.

Yo anoté la matrícula del coche Ford. Luego pedí al taxista que me llevara de regreso al centro de Queens. Una vez en mi casa, llamé al teniente McDowall, a Homicidios.

Se puso enseguida. Al conocer mi voz no mostró excesivo entusiasmo:

—¿Qué tripa se le ha roto ahora, Kane? —quiso saber.

—Tengo un favor que pedirle, teniente —declaré—. ¿Usted puede facilitarme el nombre de determinada personaba través de la matrícula de su automóvil?

—Eso depende —dijo, cauteloso—. Si es para un asunto oficial, sí. Si es algo privado, temo no poder hacer nada por usted.

—Todavía no puedo estar seguro de la naturaleza de mi

demanda. Pero sería factible que la persona titular de ese automóvil estuviese mezclada en tráfico de drogas duras y en prostitución juvenil e infantil, entre otras cosas. ¿Es oficial el tema?

—¿De dónde ha sacado todo eso? ¿Quién es usted, Kane, para meterse en tales líos? Existe una Brigada contra el Vicio y contra las drogas. Eso no es asunto de Homicidios siquiera...

—Si hay asesinato por medio, sí.

—¿Puede probar eso?

—Si usted no me ayuda, aunque sea sólo oficiosamente, lo veo difícil. Trate de colaborar conmigo en esto, teniente, y quizás yo pueda colaborar con usted en otras cosas.

—Le dije que no se metiera a jugar a detectives —refunfuñó McDowall. Y tras una pausa, añadió de mala gana—: ¿Qué matrícula es ésa, por todos los diablos?

Sonreí. McDowall era algo gruñón, pero en el fondo no resultaba mal tipo para ser policía. Los había peores, sin duda. Le di la matrícula anotada y añadí la descripción del vehículo.

—Llámeme dentro de una hora —dijo—. Para entonces, tendré algo. ¿Se relaciona quizás con... con lo de su mujer, Kane?

—¿Usted qué cree? —repliqué sarcástico. Y le colgué tras un breve—: Hasta luego. Apenas hube colgado, sonó el teléfono de mi *living*. Lo miré, ceñudo. Al fin descolgué, preguntando con cierta sequedad:

—Kane al teléfono. ¿Quién llama?

—Soy yo, María —sonó una voz femenina.

—Oh, hola, María —sonreí aliviado—. ¿Cómo va todo?

—Mal. La clase de hoy ha sido un desastre. Estaba distraída con sus problemas, Kane. Un profesor me ha llamado la atención, pero fue inútil. No puedo concentrarme.

—Eso no está nada bien —la reprendí—. Olvide mis asuntos y piense en los suyos, María. No debe dejar que yo interfiera sus estudios.

—Lo siento, no pude evitarlo. Y sigo preocupada. ¿Todo marcha bien?

—No puedo quejarme. De momento sigo vivo, lo cual ya es algo. Y hasta es posible que, gracias a usted y a «Doc», esté cerca de algún descubrimiento importante. ¿Qué piensa hacer hoy?

—En cuanto termine las clases, ir a casa. No me apetece volver a

la discoteca o a otro lugar parecido. Quizás ni siquiera fuese prudente, después de lo de anoche.

—Una chica inteligente y cautelosa —aprobé—. Bien hecho. Pero podría acompañarme a un lugar donde sirven el mejor pescado y marisco de Queens.

—¿Está invitándome a cenar?

—Eso es. Y no precisamente hamburguesas, como anoche. ¿Qué tal si nos reunimos esta tarde a las siete?

—Ante semejante tentación, no puedo decir que no, Kane. ¿Viene a recogerme?

—A las siete en punto, María —prometí.

—Estaré esperándole, Harry —dijo de pronto con mayor confianza—. Si vamos a ser amigos, dejémonos de protocolos, ¿no?

—Espléndido —asentí—. Me hará sentir más joven, Mar —la. Te veré luego.

Colgué. Ni siquiera sabía por qué había invitado a cenar a María Ryker. Tal vez porque me sentía solo. O porque yendo acompañado resultaría menos sospechosa mi actitud. De cualquier modo, me sentí tremendamente egoísta por utilizar a una chica de veinte años en mi beneficio. María era bonita, atractiva y tremendamente joven. Pero no sentía nada especial por ella. Jenny estaba aún allí, ante mí, con su recuerdo y su influjo. No sería fácil desprenderse de esos sentimientos.

Llamé a McDowall una hora más tarde. Me dio la información:

—El dueño de ese coche es un personaje importante de la ciudad, Kane —me dijo—. Se trata del concejal Thornton R. Yates. Está en plena campaña para su reelección en el futuro Ayuntamiento de Nueva York. Es un hombre con influencias y dinero. Accionista principal de un club privado deportivo en Bellerose, y dueño de una cadena de supermercados. Tiene todas las posibilidades para salir reelegido.

—Un pez gordo, ¿eh?

—Desde luego. ¿Qué tiene usted que ver con él, Kane? ¿Por qué pidió ese dato?

—De momento, simple curiosidad, teniente.

—No me lo creo. ¿Qué trata de ocultarme, Kane?

—Aún no lo sé. Pero ese tai Yellberton, tío de Willie Gilbert, el que pagó su fianza, tiene negocios con él, al parecer.

—¿Yellberton con Thornton R. Yates? —se asombró McDowall—. ¡Es absurdo! Yates es uno de los concejales más moralistas de Nueva York. Ha presentado un plan para combatir la droga en los colegios y universidades, así como para controlar ciertos sistemas de prostitución y pornografía.

—No me sorprende —reí—. Y mientras tanto, quizás sea cliente de las gordas matronas del negocio de masajes de Yellberton... y esté asociado con éste en la explotación de los jóvenes de ambos sexos para la pornografía, la prostitución y el tráfico de estupefacientes.

—Si alguien dijera eso en público, Kane, iría derecho a la cárcel, acusado de calumnia y graves injurias.

—Cuando lo diga en público, será porque podré hacerlo con evidencias, teniente.

Mientras tanto, sólo se lo digo a usted. Hasta otra vez.

—¡Espere, Kane...!

Le colgué sin esperar. Cuando empezó a sonar el teléfono insistentemente, no sólo no lo descolgué, sino que salí de casa tranquilamente. Esta vez mi coche me llevó de nuevo a la zona residencial donde noches antes había sido asesinada mi pobre Jenny.

Quería tener una breve charla con Gordon Dunaway, el testigo que se volvió atrás.

CAPÍTULO VII

Miriam Dunaway era una mujer canosa, delgada, sobriamente vestida de gris, afable y simpática. Se mostró cortés y hasta con amabilidad hacia su visitante.

—Lo lamento, señor Kane —manifestó—. Mi esposo no está ahora en casa.

—Perdone, señora —me excusé—. Volveré en otra ocasión...

—No, no. Pase, por favor —me invitó—. El no puede tardar. Tiene aquí cerca un pequeño negocio de repuestos de automóvil. Acostumbra a cerrar y venir a comer sobre la una como máximo. Y ya pasan diez minutos de esa hora. No puede tardar. Siéntese, se lo ruego.

—Gracias, señora, es usted muy amable —suspiré, acomodándome en un pequeño y acogedor *living* decorado con buen gusto y sencillez—. Sólo quería hacerle unas preguntas sobre cierto desagradable asunto en que se vio involucrado como testigo casual y...

—Sé a lo que se refiere, señor Kane —me dijo, afirmando con la cabeza—. Desde que me ha dicho su nombre, comprendí quién es usted. Pobre señora Kane, Dios mío. No he parado de pensar en ello desde entonces...

Apreté los labios. La miré, comprendiendo que era sincera al hablar así. Incluso había humedad en sus grises ojos apacibles. Sentí gratitud por su ternura.

—Gracias —murmuré—. No es justo que venga a molestarles de nuevo, existiendo como existieron amenazas sobre ustedes. No pretendo que su marido cambie de idea y les ponga en peligro a ambos. Sólo quiero hacerle unas pocas preguntas, créame.

—Le creo, señor Kane —ella se frotó nerviosamente las manos y lanzó un suspiro—. Haga lo que sea, no le importe. En el fondo, me siento avergonzada por el hecho de que Gordon haya sido tan

cobarde. Y yo también. Debimos ser sinceros, decir la verdad, ocurriera lo que ocurriera.

—¿Es que su esposo, realmente, *vio* a Willie Gilbert esa noche?
—pregunté. Ella afirmó despacio. Parecía presa de una intensa congoja.

—Claro que lo vio. Acababa de cerrar su negocio. Venía hacia acá para cenar. Y, de repente, lo vio todo. Me lo ha confesado. Identificó sin lugar a dudas a ese chico que detuvo la policía. Y entonces me amenazaron por teléfono. El rectificó, asustado. No quiso complicarse la vida ni complicármela a mí. Es imperdonable, ¿no?

—Es humano, señora. No le reprocho nada. Yo...

Me interrumpí. La puerta acababa de abrirse. Gordon Dunaway entró en la casa. Se paró en seco en el corredor, ante la puerta del *living*, al descubrirme allí.

—¡Usted! —rugió, con expresión furiosa. Comenzó a sudar de repente y noté su mirada furiosa, fija en mí—. ¿Qué diablos ha venido a hacer a mi casa? ¡Márchese de aquí, o llamaré a la policía! ¡No tiene derecho a molestarnos con sus problemas!

—Gordon, por el amor de Dios —rogó ella, patética—. No hables así. El señor Kane ha perdido a su mujer trágicamente. Necesita ayuda. Estamos obligados a dársela...

—¡No te mezcles en esto! —Se irritó su marido—. ¿Quieres acaso que nos ocurra a ti o a mi algo parecido? Será mejor que se vaya, señor Kane. No estoy dispuesto a hablar con usted.

—¿No? —Le miré fijamente, poniéndome despacio en pie—. ¿Quiere que juegue sucio con usted, Dunaway? Podría decir a esos chicos que usted habló, que los describió detalladamente.

—¡Eso es mentira!

—Pero ellos no lo sabrían. Yo conozco ya a Willie, a un tal Tim Nolan, al difunto Bo Starrett... Ésos eran tres de los cuatro que asaltaron a mi mujer, no tengo la menor duda. Me falta el cuarto muchacho. ¿Quién podía ser? ¿Budd Dillman, con su pelo corto, su aire fascistoide y su cruz gamada en la chaqueta de cuero negro? ¿O es otro el cuarto miembro del grupo? Importa poco. Si describo a Starrett, a Gilbert y a Nolan, el epiléptico, creerán que usted habló.

—Sería... sería una canallada —jadeó Dunaway, sudando como si estuviera en un baño turco.

—Claro —asentí—. Pero la haría, Dunaway. Estoy dispuesto a saber quién o quiénes mataron a mi mujer. Uno ya ha caído: Bo Starrett.

—¿Usted... lo mató? —balbuceó Dunaway, asustado—. Leí la noticia en los diarios...

—Sí, Dunaway. Yo le maté. Fue legítima defensa, pero no me hubiera importado matarle a sangre fría, como ellos hicieron con mi mujer, ¿entiende? Y el hombre que mata para vengarse, es capaz de todo en esta vida. La muerte no me asusta. Vivir me tiene sin cuidado. ¿Sabe de lo que es capaz un hombre en ese estado?

Gordon Dunaway se dejó caer en un asiento, abatido. Se enjugó el sudor, agitándose inquieto. Su mujer puso sus manos en los hombros de él.

—Gordon, por favor —le pidió—. Hemos sido injustos y egoístas con este hombre que perdió lo que más amaba. Yo le comprendo muy bien. Trata de colaborar con él...

Dunaway tragó saliva. Tiró a un lado el pañuelo empapado de transpiración y me miró, asustado e inquieto.

—Está bien, desembuche —me espetó—. ¿Qué vino a buscar con exactitud?

—Una respuesta honesta, entre hombres. Sin policías de testigos —le miré con una fijeza que le hizo bajar la cabeza—. ¿Estaba Willie Gilbert entre los asaltantes?

Vaciló. Apretó los labios, Finalmente, asintió con la cabeza.

—Sí —confesó—. Estaba entre ellos. Le vi claramente, sin error posible.

—Lo suponía. ¿Y a los otros?

—Muy borrosamente. Recuerdo que había dos chaquetas de cuero oscuras.

—¿Negras?

—Oscuras. Es todo lo que vi. Había poca luz y estaba a alguna distancia. Podían ser marrones, azules o negras, no sé. Los otros dos llevaban anorak de nylon. Y creo que to —dos lucían tejanos de colores parecidos. No pude ver más.

—¿Era Willie uno de los que utilizaron navaja?

—No, no —negó Dunaway—. Seguro que no. Estaba algo alejado de ella, empezando a correr, cuando dos de ellos rodeaban a la pobre mujer y la... la acuchillaban. Fue horrible el grito que ella

profirió...

Cerré los ojos, angustiado. Todo mi cuerpo se estremeció, repentinamente frío. Pero mi voz no temblaba al preguntar:

—¿Eran los de las chaquetas de cuero?

—Uno de ellos, al menos, sí. El otro, no podría jurarlo. Ya le dije que fue rápido, confuso... y a distancia, con escasa luz en los jardines del parque... Lo siento. No vi más.

—¿Los había visto antes por esta vecindad?

—No, en absoluto. Hay muchos como ellos, pero no vi en aquéllos nada que me hiciera considerarlos familiares o conocidos. Eran... como todos.

—Usted, sin embargo, reconoció a Willie Gilbert sin lugar a dudas —señalé.

—Sí, es cierto —admitió él—. Creo que al pararse en su carrera, le daba alguna luz en el rostro. Lo cierto es que en cuanto le vi en Homicidios, supe que era él. Iba a confirmarlo cuando... cuando Miriam me llamó para hablarme de la amenaza telefónica...

—Entiendo —me puse lentamente en pie—. Gracias por todo, Dunaway. Y perdone esta molestia de hoy. Espero no repetirla más. Era cuanto quería saber.

—Pero no intente que lo confirme ante la policía. No tengo valor, Kane.

—Lo comprendo muy bien —sonreí con dureza—. No le pido tanto. Buenas noches.

Señora...

Me incliné ante su mujer. Abandoné la casa de los Dunaway. Eché a andar por los jardines del parque, en dirección al lugar donde dejara el coche. Era pleno día. Vi allá, en la manzana siguiente, la pequeña tienda con su letrero: *Repuestos de automóvil Dunaway*.

Aquella acera era su lugar de paso habitual. Dirigí mis ojos al lugar exacto donde Jenny hallara la muerte. Una sensación glacial recorrió mi espalda, alojándose dolorosamente en mi cerebro. Era un recuerdo penoso, una sensación espeluznante. Allí, justamente allí, ella había vivido el trágico momento del ataque, el intento de violación y, finalmente, el vil atentado, la herida mortal de dos aceros hundiéndose en su suave carne, reventando su vida en flor... y la de un hijo que nunca nació.

El odio, aquel odio helado e irracional que me dominaba, se acumuló por un momento en los sentidos. Me noté capaz de cualquier cosa. De destruir, de aniquilar, de exterminar sin piedad a todos y cada uno de los responsables de aquella infamia...

Llegué a mi coche. Lo hice deslizar con lentitud por el punto donde ella murió. Contemplé las altas farolas ahora apagadas en pleno día. Recordé la declaración de Dunaway. Donde Jenny había caído herida de muerte, no había farola. La claridad tenía que llegar bastante difusa. En cambio, más allá, otra luz pública debió ser la que reveló cada detalle del rostro de Willie Gilbert a los ojos del testigo.

De pronto ocurrió algo.

De la esquina inmediata, brotó como un bólido una poderosa motocicleta Harley Davidson a toda máquina. Emitía un rugido ensordecedor. Sobre ella, montaban un par de muchachos con cazadoras de cuero, cascos de motorista con gafas, que les hacía prácticamente irreconocibles, y guantes de cuero. El de delante empuñaba los mandos de la potente motocicleta con energía y pericia.

El de atrás iba suelto. Y en una de sus manos empuñaba un arma de fuego. Un poderoso rifle Walther de mira telescópica y gran alcance, que empezó a rugir apenas asomaron por la esquina.

Me arrojé de bruces al fondo del coche. Era tiempo.

Una bala demoledora reventó el parabrisas, abriendo en él un redondo agujero y llenando de vidrios el interior del vehículo. Otro proyectil atravesó la carrocería, y un tercero hizo estallar el vidrio de una portezuela, zumbando la bala cerca de mí, antes de clavarse en el tapizado del vehículo.

Busqué frenéticamente en el interior del escondrijo de mi coche, agazapado, mientras el rugiente motor hacía temblar el vehículo, y la moto se venía encima. El potente rifle vomitaba balas con rapidez y puntería poco usuales.

Empuñé el tremendo revólver Magnum 357. Abrí la portezuela ligeramente, levantando mi brazo zurdo para accionar la manivela. Saqué el brazo armado cuando la motocicleta, rugiendo como un monstruo rabioso, zumbaba junto a mi coche. Apunté rápido. Y disparé.

Fue impresionante.

A pesar del casco de motorista, a pesar de todo, el cráneo pareció reventarle al tirador como si fuese un fruto maduro. Exhaló un alarido horrible, saltó del sillín como si un potro desbocado hubiese lanzado a su jinete por los aires, y vi la sangre chorrear sobre sus gafas de plástico y su casco blanco. Soltó el rifle antes de estrellarse en tierra violentamente.

La motocicleta, sin detenerse un momento, aceleró más aún su vertiginosa marcha, el conductor dirigió una mirada atrás, y se perdió en la esquina inmediata, dejando tras de sí un rastro de humo y olor a aceite.

Bajé corriendo del coche, revólver en mano. Corrí junto al caído. No se movía. Le despoqué del casco. La bala del Magnum había perforado aquél, alojándose en su frente, sobre los ojos. El destrozo era tremendo. La muerte había sido instantánea.

El muerto me era desconocido por completo. Solté las hebillas de su chaqueta de cuero y revisé sus bolsillos. Hallé documentos a nombre de Timothy Nolan, de diecisiete años.

Era el epiléptico obseso sexual. El amigo de Willie Gilbert y Bo Starrett.

Me incorporé despacio. Esta vez no podía huir de allí. Ya se oían sirenas de la policía, y mi coche estaba totalmente inútil. Esperé su llegada tranquilamente, sentándome en la acera, con el formidable revólver en mis manos.

—El ángel de la muerte... —recité despacio—. Parece que es cierto...

—Creí que no vendrías.

—Yo también lo creí —suspiré, conduciendo hacia Bayside—. El teniente se ha portado conmigo mejor de lo que esperaba. Ni siquiera ha querido retenerme a la espera de la decisión judicial. El asume la responsabilidad.

—Oí la noticia por la radio Me dejó helada —confesó María, pensativa, todavía pálida, bastante más que la noche anterior—. Dijeron que era legítima defensa...

—Sí. El teniente y el fiscal del Distrito también lo piensan así. Por eso estoy libre. Se han incautado del Magnum, eso sí. Pero conservo mi Colt 38 —sonreí—. No podía quedarme desarmado ahora. Otra mentira no empeorará mucho las cosas...

—Pero ahora saben que mataste a Bo Starrett...

—Lo sospecharon siempre. Pero es otro caso claro de legítima defensa como el de la muerte de Tim Nolan. Ambos intentaron asesinarme previamente. Sólo me defendí.

—¿Les hubieras matado igual si no tienes que defenderte?

—No sé —confesé sombrío—. Tal vez no. No siento remordimientos de lo que he hecho, y eso es malo. Me estoy insensibilizando. Soy, realmente, un ángel negro exterminador.

—Ellos exterminaron antes a tu mujer, Harry.

—Sí, pero ya sabes lo que dicen las leyes. Nadie puede tomarse la justicia por su mano.

Por suerte para mí, en estos casos fueron ellos los agresores iniciales, no yo.

—Tu situación se pone más peligrosa por momentos. Si esos dos chicos muertos formaban parte del grupo, sólo quedan dos. Pero si forman parte de una organización, como sugirió «Doc»...

—Seguro que existe tal organización. Esas maniobras no son cosa de ellos. Pueden pelearse a navajazos o internar una violación y entonces, perdida la serenidad, cometer un crimen abominable y estúpido. Eso es propio de semejante gentuza. Pero el método, el intento de asesinato a sangre fría... es otra cosa. Están asustados quizás, pero de todos modos obran por mandato ajeno. Son peones de la partida, cada vez está más claro.

—¿Y quiénes hay detrás de esos jóvenes violentos?

—Si lo supiera... —Moví la cabeza—. Quizás tenga suerte y, tras el fracaso de sus jóvenes asesinos, den la cara los auténticos cabecillas de esto.

—¿Suerte llamas a eso? ¡Son profesionales del crimen y pueden acabar contigo! —se alarmó la muchacha.

—Es posible —me encogí de hombros—. O yo acabar con ellos. Sé defenderme, María.

—Ya lo he visto. Pero eres un hombre solo. Ellos... ni siquiera sabes los que son.

—No pueden ser muchos. Cuando alguien recurre a jovenzuelos imberbes como marionetas de su juego, es que no dispone de personal especializado. Es algo grande, pero hecho entre pocos. Tal vez dos o tres.

—¿Crees que es prudente ir a cenar a ese sitio que has elegido?

—dudó ella, mirando al exterior, oscuro y poco frecuentado a

aquellas horas.

—¿Por qué no? —Reí—. Si van los cabecillas de esa organización, debe ser un sitio muy seguro...

—¡Harry! —me contempló, despavorida—. ¡No me digas que «ellos», los que están detrás de todo esto... van a ese restaurante! Y que por eso vamos nosotros ahora...

—Al menos, dos de ellos juraría que son clientes —asentí, irónico—. No creo que estén esta noche. Sería una graciosa sorpresa si fuera así... No temas nada, María. Ninguno de ellos moverla un dedo en un lugar donde es conocido, podría jurarlo.

No pareció muy convencida. Cuando detuve el coche ante el hotel —un coche de alquiler, porque el mío estaba definitivamente echado a perder por el momento—, se pegó a mi con evidente aprensión. Sin embargo, sus temores eran injustificados. Dentro del restaurante, de agradable aspecto y decoración marinera, sólo había otras tres parejas, además de nosotros, y ninguna de ellas tenía el menor parecido con Ian Yellberton y el concejal Thornton R. Yates.

La cena fue excelente, y el vino blanco californiano, también. Abandonamos el local sin que hubiese ocurrido nada inquietante. Pero yo me enteré, mientras ella iba al tocador, que el concejal Yates era un gran cliente de aquel local, donde iba con mucha frecuencia. Nadie, en cambio, recordaba a un tal Yellberton. Si había ido alguna vez con el concejal, ellos no le conocían de nada.

Regresamos al centro y dejé a María en su casa. Había sido una grata noche, pese a todo. Ella, al menos, así me lo confesó al despedirnos. Estaba a punto de arrancar de nuevo con mi nuevo coche, cuando el grito de ella, desde la ventana, me sobresaltó.

Salté de nuevo a la carrera, fuera del vehículo, y miré hacia arriba, pistola en mano, temiendo lo peor. María, asomada a la ventana, me llamó, con voz rara:

—¡Harry, Harry! ¡Un momento! ¡Es terrible!...

—¿Qué es lo terrible? —indagué—. ¿Te sucede algo?

—Mi tía me ha dejado un mensaje —jadeó—. Mientras estuvimos cenando, Harry... llamaron a casa para informar de algo espantoso...

—¿Qué es ello, María?

—El pobre «Doc»... Ya sabes, «Doc» Miller, el muchacho que te presenté, el que te habló de Willie y su grupo... Ha aparecido

muerto. ¡Le han asesinado esta noche!

CAPÍTULO VIII

El teniente McDowall suspiró, tapando el cadáver. Se volvió hacia los demás con el ceño fruncido.

—Una cuchillada mortal —dijo—. Debieron sujetarle de pronto por detrás, y le cortaron la garganta rotundamente. Tal vez con una navaja automática. Eso nos lo dirá el forense.

María Ryker sollozaba en un rincón, con el rostro hundido entre las manos. Traté de confortarla apoyando una mano en su hombro con calor. Era inútil. Continuó llorando amargamente.

Miré al teniente de policía y él a mí. Meneó la cabeza con desaliento.

—¿Alguien sabe algo de esto? —quiso saber.

El hombre de gafas, sentado en silencio al fondo de la estancia, se levantó y dio unos pasos, manteniendo sus ojos fijos en el cuerpo inmóvil. La luz lívida de una lámpara destelló en los vidrios de los lentes.

—No puedo entenderlo —jadeó—. Mi hijo. Mi pobre hijo... Y está ahí, muerto...

—Muchas veces no entendemos estas cosas los padres —farfulló el teniente—. Nos olvidamos que existen esos hijos, que tienen su vida propia, que no siempre van con amigos recomendables...

—Ése no era el caso de Bill, teniente —rechazó el doctor Miller—. El estudiaba, era serio, un buen muchacho...

—Pero tenía malas amistades. —McDowall se volvió a mí—. ¿No es eso cierto, Kane?

—Sí —afirmé—. Sólo que no se mezclaba en sus cosas, teniente. Es un crimen absurdo.

«Doc»... quiero decir, Bill Miller era realmente un muchacho serio. Aunque conociera superficialmente a personas como Willie Gilbert o Tim Nolan.

—Entonces, ¿por qué iban a matarle aquí? —El teniente miró las

desnudas paredes de aquel viejo garaje de Queens, las crudas luces verticales, el aire desolado y triste del lugar—. ¿Por qué acuchillarle tan brutalmente, como si hubiese participado en una reyerta de navajeros?

—Yo no diría que fue una reyerta —dije, mirando de soslayo al doctor Miller—. Hablé en una ocasión con ese chico. Me contó cosas que se decían por ahí, cosas que había oído sobre compañeros suyos de estudios o amigos de la calle... Eso sí pudo ser la causa de su muerte.

—¿Qué... qué quiere decir? —El doctor Miller me contempló, sorprendido.

—Lo siento, doctor, pero quizás he sido involuntariamente el culpable del asesinato de su hijo. Hay un feo negocio en las calles de Queens con drogas y prostitución. Usan para ello a bandas juveniles, a chicos y chicas fáciles de reclutar para provecho de los grandes traficantes de estupefacientes y de carne humana para el sexo. Su hijo no participó nunca en eso. Por ello habló y contó cosas que, quizás, era como un tabú en las calles de esta sucia y corrompida ciudad. Ya no se trata de muchachitos de Harlem, del Bronx o de Brooklyn, víctimas de las diferencias sociales. Ahora estamos ante gente de mejor posición, ante hijos de personas burguesas y hasta adineradas de un distrito de Queens. La lacra se extiende por todas partes, porque los que deben cortarla no pueden o no quieren hacerlo. La sociedad se pudre, víctima de sus propias debilidades, doctor. Y así, personas como su hijo, mueren brutalmente asesinadas por esa gente joven y depravada que no se detiene ya ante salvajada alguna.

Siguió un silencio profundo. McDowall pareció que iba a protestar por mis duras palabras, pero abrió la boca y volvió a cerrarla, hundiendo sus manos en los bolsillos de su gabardina, sombría la expresión.

El doctor había palidecido. Me miraba con algo que era una mezcla de angustia y de terror; Dio unos pasos atrás.

—Dios mío... —murmuró—. Quizás entre todos... hemos matado a mi hijo.

No dije nada. Pero en el fondo, estaba de acuerdo con él. Me volví al teniente.

—¿No hay sospechosos esta vez? —pregunté.

—No, ninguno. Nadie vio nada, al parecer. Y si lo vio, no quiere hablar. Una llamada anónima avisó de que en este viejo garaje en desuso habían matado a un chico, y una pa —trulla acudió a comprobar si era cierto. Eso es todo.

—Entiendo. Otra vez la impunidad —mascullé—. De nuevo los Willie Gilbert, los Yellberton e incluso los concejales como Yates, con toda su aureola de personas honestas, seguirán sueltos por ahí, como una jauría rabiosa, delinquiendo, corrompiendo o matando.

Creí oír una especie de sorda imprecación y me volví hacia el doctor Miller. Me extrañó verle muy pálido, mirándonos a través de los cristales de sus gafas con ojos dilatados y vidriosos. Su expresión me sorprendió. Noté que temblaba.

—¿Le ocurre algo, doctor? —quise saber.

—¿Eh? —Me miró como sonámbulo. Tenía una ligera espuma en la comisura de sus labios apretados—. No, no... No es nada. Sólo que todavía no me he... repuesto. Creo que me voy... a derrumbar de un momento a otro.

—Le entiendo, doctor —terció McDowall, comprensivo y hasta cordial—. Váyase, por favor. No resuelve nada estando aquí ahora. Si desea ver posteriormente a su hijo, estará en el depósito. Usted, como médico, entiende mejor estas cosas... Vaya a su casa, se lo ruego. Hable con su esposa... con sus otros hijos, si los tiene...

—Soy viudo —dijo roncamente, caminando como un sonámbulo hacia la salida—. Y mi otra hija está casada y vive en California, teniente. No, no iré a casa. Esta noche tengo guardia en el hospital. Será mejor... cumplir ese servicio... para no pensar.

Se ausentó. McDowall respiró hondo, la cabeza baja, su mirada fija en el bulto inmóvil que era ahora el joven «Doc». Yo estaba profundamente pensativo. Fuera, el coche del doctor Miller roncó, alejándose.

—No me gusta eso —dije de repente.

—¿Qué es lo que no le gusta, Kane? —quiso saber abruptamente McDowall.

—La actitud del doctor Miller. Hay algo raro en él.

—¿Qué quiere decir? Acaban de matar a su hijo, y usted se pone a recelar de él. ¿Es que siempre anda buscando los tres pies al gato, Kane?

—No es eso. Mientras encajaba el golpe de la muerte de su hijo,

estaba demudado, pero no tan pálido ni extraño. Fue como si algo le impresionara de repente en demasía. Y ese algo... fue la mención de ciertos nombres: Gilbert, Yellberton. Yates...

—No diga tonterías. El no puede tener relación alguna con esas personas. Es un médico, tiene un cargo en un importante hospital...

—Oh, sí. ¿Y recuerda usted qué cargo, teniente? Encargado del botiquín del centro médico.

—¿Y qué? —arrugó el ceño el teniente McDowall, mirándome perplejo.

—No sé, es sólo una idea... y quisiera confirmarla. Deme el nombre del hospital, por favor. Voy a ir ahora mismo a hacer una visita a ese lugar. ¿Puede usted acompañar a la señorita Ryker a su casa?

—Claro. Es el Manhattan State Hospital, en Ward's Island.

No dijo más. Apreté las manos de María con calor, y salí del garage, dejándola en compañía del teniente para dirigirme al inmenso centro médico de

Ward's
Island.

No era difícil entrar en el Manhattan State Hospital ni siquiera en plena noche. Aquel enorme recinto sanitario era como una ciudad independiente, donde médicos, enfermeras, pacientes, visitantes y personal de mantenimiento formaban una comunidad nutrida que iba y venía por los pabellones, jardines, galerías y salas del macrohospital como las hormigas por su hormiguero.

De todos modos, me hice con la estratagema más vulgar para entrar sin ser advertido ni requerido por nadie. Bastó una bata blanca para ello. En medio de cientos, acaso miles de batas blancas, la mía era solamente una más. Creo que allí, nadie miraba el rostro de las personas, sino su bata o, como máximo, su tarjeta de identidad prendida al pecho. Pero muchos sanitarios carecían de ese requisito, y yo podía ser uno de ellos.

Cuando pregunté a una enfermera por el doctor Miller, encargado del botiquín, me envió a la planta decimosexta, Zona D. Un ascensor vertiginoso me depositó en ese punto. Unas grandes

vidrieras rotuladas con diversas letras, dividían la planta según sus especialidades. Observé que la letra D, correspondía íntegramente a material de servicio y botiquines.

Un centro hospitalario como aquél debía tener un botiquín ingente. Ello significaba que productos como la cocaína, la morfina y otras drogas, tenían que existir allí en cantidad muy respetable, aunque controlada. Pero si el encargado del control falseaba cifras de salida, todo era posible.

Tuve que ocultarme rápidamente tras una esquina de un corredor, justo frente a unas puertas blancas, herméticamente cerradas, donde se leía:

BOTIQUÍN GENERAL. PROHIBIDO EL PASO

Allí estaba el doctor Jonathan Miller, padre de «Doc». Y alguien más que me era igualmente conocido: Ian Yellberton.

Los dos hombres hablaban animadamente. El doctor estaba lívido, desencajado. El tío de Willie, tranquilo y frío.

Se alejaban un poco de las puertas del botiquín, hacia unas grandes vidrieras asomadas a los jardines de la isla.

Más allá de esas cristaleras, la noche de Nueva York era una enorme masa de negruras y de luces fulgurantes tachonando la oscuridad.

Pude deslizarme entonces, aprovechando que me daban la espalda, hasta alcanzar la siguiente esquina del corredor, donde me situé, pudiendo oír sus palabras no muy claramente:

—... Lo tengo decidido, Yellberton. Rotundamente, no. Esta vez, no. Ni nunca.

—Escuche, doctor Miller, y no sea necio —habló Yellberton con paciencia—. ¿Cómo puede suponer que íbamos a tener la menor parte en la muerte de su hijo? Si hubo una pelea entre muchachos, es algo que no nos afecta a nosotros. Además, ¿quién le dijo que en mis asuntos entran menores de edad?

—Un hombre llamado Kane. Harry Kane —silabeó el médico.

Vi a Yellberton crisar su gesto. Lanzó una especie de graznido furioso:

—¡Otra vez ese bastardo maniaco! Es un loco, doctor, no puede hacerle caso. ¿Sabe una cosa? Ha matado a dos personas ya, llevado por un odio irracional hacia los jóvenes actuales. Sólo con la

impotencia policial de que disfrutamos, un maníaco como ese anda suelto aún por las calles. Le doy mi palabra, doctor Miller, de que somos totalmente ajenos a lo sucedido. Bill Miller era hijo suyo. ¿Quién iba a causarle daño, teniendo negocios con usted? ¿Sabía él siquiera algo de su relación con nosotros?

—No lo sé, Yellberton. Y eso es lo que me aterra. Pensar que Bill pudiera haber muerto por culpa mía...

—Usted no sabe lo que dice. Mire, le prometo averiguar cómo sea quién mató a su hijo y darle su nombre completo, entregándolo a la policía si lo desea. Pero nuestros negocios no tienen por qué verse afectados por eso. Usted obtiene unos excelentes beneficios, y eso es todo. No tiene por qué relacionar un asunto con otro.

—No, Yellberton —sostuvo el médico meneando con energía la cabeza—. No puedo hacerlo. Váyase ahora. Hablaremos otro día, pero ahora me sería imposible darle ni un gramo de nada.

—¡Escuche, doctor Miller! —Se enfureció Yellberton de repente, perdiendo el control de sí mismo—. ¡Usted está metido con nosotros hasta el cuello en todo esto, y debe cumplir su parte, le guste o no! No me obligue a ser más duro con usted. Estamos esperando entregar hoy mismo una remesa del producto con urgencia. No hacerlo hoy significaría perder varios cientos de miles, y mis socios no están dispuestos a eso. De modo, doctor, que déjese de historias y escrúpulos, olvide el desgraciado suceso que costó la vida a su hijo y que nada tiene que ver con nosotros, y entrégueme en el acto las dosis convenidas. No puedo perder más tiempo, ni a usted le conviene estar aquí conmigo toda la noche, discutiendo tonterías.

—Le he dicho que tomé una decisión Yellberton —replicó fríamente Miller—. No habrá hoy entrega de nada. Lo siento. Puede irse.

El rostro de Yellberton sufrió una alteración. Miró colérico a su interlocutor. Luego dirigió una ojeada en torno y, bruscamente, extrajo de entre sus ropas una pistola automática provista de silenciador. Encañonó al médico, que dio un paso atrás con sobresalto.

—Muy bien —silabeó el tío de Willie Gilbert—. Usted lo ha querido. Si prefiere estos métodos, es cosa suya. Abra en el acto esa puerta, doctor, y entrégueme lo convenido. Otra negativa, y le mataré. Nadie va a oír el disparo. Meteré su cadáver en el botiquín,

me llevaré la droga, y tardarán horas en dar con usted. Elija.

Jonathan Miller tragó saliva. Yellberton parecía dispuesto a apretar el gatillo. Empujó con el cañón del arma al médico, y éste avanzó hacia el botiquín, amedrentado.

—Así está mejor —aprobó Yellberton—. Abra esa puerta y colabore. No tiene nada que temer de nosotros mientras se porte bien. Pero nadie nos deja en la estacada, doctor, y vive para contarle. Adentro, pronto.

El doctor había sacado un juego de llaves de su bata. Se disponía a abrir la puerta del botiquín. Pero de repente, pareció reaccionar con violencia, rebelándose contra todo aquello.

Se volvió, golpeando a Yellberton y tratando de apartar el arma de sí. El otro disparó.

Oí el ahogado «ploc», y vi retroceder al doctor Miller, con sangre en su blanca bata sobre el pecho, antes de caer de bruces. Yellberton juró entre dientes, y se dispuso a tomar las llaves del médico para abrir el botiquín.

Ahí intervine yo.

CAPÍTULO IX

Salí de la esquina del corredor, pistola en mano. Apunté a Yellberton.

—¡Quieto ahí! —grité—. ¡Tire esa arma, Yellberton! ¡Esta vez le he cazado cometiendo un asesinato!

Se volvió, soltando un juramento obsceno. Pareció que iba a tirar el arma, asustado por mi presencia. Pero no lo hizo. En vez de ello, la levantó con rapidez hacia mí.

Apreté el gatillo sin contemplaciones, por dos veces. Mi Colt 38 llameó. Dos estampidos atronaron la quietud casi religiosa de la planta hospitalaria.

Yellberton, alcanzado en el vientre y torso por los proyectiles, aulló de dolor y de rabia, mientras su silenciosa pistola se disparaba sin tino, incrustando una bala en la pared, no demasiado cerca de mí. Luego, reculó, tambaleante, perdido el equilibrio, mirándome con ojos desorbitados. Se llevó las manos a las heridas, por las que goteaba la sangre.

—Maldito... bastardo... —jadeó.

—¡Cuidado, Yellberton! —le grité, al verle oscilar, justo con la enorme vidriera tras él.

No sirvió de nada. Cayó pesadamente hacia atrás. Su cuerpo golpeó la vidriera. Ésta restalló, empezando a abrirse. Como en una imagen cinematográfica a cámara lenta, mis horrorizados ojos vieron desgajarse por momentos la plancha de vidrio bajo su peso e impacto, e irse abriendo un enorme boquete al vacío, por el que el cuerpo ensangrentado del traficante de drogas fue engullido por la noche; en medio de un caos estruendoso de vidrios rotos.

Pasaron unos segundos hasta oírse allá abajo gritos agudos y un aullido de sirena. No llegué a captar el impacto en el suelo, dada la altura del edificio. Una ráfaga de aire penetró por el roto del ventanal, agitando mis cabellos y ropa. Olla a humedad del río.

Corrí junto al doctor Miller. Le examiné. Aún vivía. Pero su herida era grave y estaba perdiendo mucha sangre. Me precipité a un teléfono mural y conecté con la centralita. Avisé con voz ronca:

—¡Pronto, en la planta decimosexta, Zona D! ¡El doctor Miller está muy grave! ¡Le han disparado y se desangra! ¡Es urgente!

Colgué, esperando que llegaran médicos y enfermeras para asistir al herido. Abajo, la confusión continuaba en torno al cadáver de Ian Yellberton. Guardé mi arma. Una vez más había tenido que matar para no morir.

Pero alguien vería en eso una obsesión mía, una manía por exterminar a todos los que tuvieron participación directa o indirecta en la muerte de mi esposa. Quizás ésa había sido en realidad mi primera intención, y luego algo superior a mí mismo me manejó, convirtiéndome en instrumento de muerte para los demás.

Alguien, en Nueva York, pensaría que el ángel exterminador continuaba su vuelo.

—Vivirá —dijo sordamente McDowall mientras me estudiaba con el ceño fruncido—. Pero ni esto ni la muerte de su hijo librarán al doctor Miller de la cárcel en cuanto esté bien. Lo ha confesado todo. Al menos extrajo del almacén de medicamentos de este hospital la friolera de dos millones de dólares en morfina y otras drogas, falseando los vales y recetas, así como los registros de entradas y salidas.

—¿Por qué lo hacía? —musité—. Es un médico, tenía un cargo, un hijo de quién cuidar...

—Primero fue coacción. Al parecer, tenía algo que ocultar en relación con un antiguo error que le perjudicaría en su carrera. Cedió al chantaje y empezó a dar pequeñas cantidades. Luego, la facilidad en ganar dinero le cegó. Y aumentó el volumen de sus entregas a cambio de importantes sumas. Lo que nunca imaginó es que vendía el producto a quienes luego matarían a su propio hijo. Está destrozado. Creo que ya todo le da igual. Cuando salga de este hospital, será un simple espectro...

Afirmé, sombrío. Así eran las cosas. El y su hijo pudieron haber vivido felices y sin problemas. Por culpa de una desmedida codicia, todo eso se había destruido definitivamente.

—Lamento haber estado en lo cierto —dije amargamente—. Hubiera sido bonito equivocarse en este caso, teniente.

—Usted, a lo que veo, nunca se equivoca —gruñó el policía con enfado—. Pero tampoco dice una verdad. Debería arrestarle por negarme que tenía otra arma de fuego. Es ilegal, usted lo sabe.

—Puede enviarme a prisión por unos meses, acusado de tenencia ilícita de armas —admití—. Pero gracias a esa pistola, se han salvado hoy dos vidas: la mía y la del doctor Miller. Yellberton no hubiera dudado en rematarle, una vez dentro del botiquín, para que no declarase contra él. Y de no estar armado, ese hombre me hubiese asesinado sin piedad.

—Lo sé, lo sé. Dé gracias a eso, Kane, para que no le arreste. Sé que no sería justo, aunque sí legal.

—Lo legal no siempre es justo, teniente. Yellberton pagó una fianza por su sobrino y su sobrino es culpable. Y él era un traficante de drogas y un asesino. ¿Hizo algo la Ley por darles su castigo?

—Usted sabe que no siempre podemos hacer lo que queremos.

—Claro. Mientras tanto, el concejal Yates se enriquece con el vicio, y una banda de mozalbetes corrompidos por el dinero y el vicio, asaltan y matan por ahí, además de traficar en drogas y prostitución. ¿A quién protegen las leyes, teniente?

—A veces quisiera saberlo —suspiró el policía, sombrío.

El doctor Miller pasó ante nosotros, en una camilla, camino de una habitación ante cuya puerta situó McDowall a un agente de servicio. Miré mi reloj. Ya no había mucho que hacer allí. Era madrugada. Y muchas cosas se habían aclarado. Pero no todas.

—Creo que me iré a descansar, teniente —bostecé—. Han sido demasiadas emociones por hoy.

—Felices sueños, Kane —me deseó—. Y, por favor, no me mate a nadie más por hoy.

Su agrio sentido del humor me hizo sonreír lúgubrementemente. Momentos después, nos separábamos, emprendiendo el camino hacía mi casa, a través de la húmeda noche. Las calles de Nueva York, recién regadas, brillaban como charol bajo las luces del alumbrado público y los luminosos parpadeantes.

Cuando entré en casa, con mi mano en la pistola automática, que McDowall me había permitido conservar como medida de precaución en caso de ataque contra mi persona, el timbre del teléfono estaba sonando insistente. Me apresuré a cogerlo, pero era tarde. Habían colgado ya.

Me di una ducha y me tomé un café, empezando a desvestirme para dormir. El teléfono volvió a sonar. Descolgué.

—Kane al habla —dije—. ¿Quién llama?

Una voz ronca, susurrante, respondió con frialdad que heló mi sangre en las venas:

—Escuche, Kane, cerdo asesino. Deje el caso y no mueva un dedo. O ella morirá. Tenemos en nuestro poder a su amiguita. María Ryker. La mataremos en cuanto usted desobedezca estas órdenes. En el plazo de doce horas, debe abandonar los Estados Unidos y no volver en una temporada. Sólo así salvará a su amiguita la vida. Doce horas, Kane, recuérdelo. Ella está aquí, escúchela...

Un breve silencio. Estaba estrujando el teléfono con mis dedos crispados. La voz de María sonó, angustiada:

—¡Harry, no te preocupes por mí! ¡No se atreverán a...!

La debieron apartar rudamente del teléfono. Se oyó un sordo golpeteo y un grito. La voz inicial me advirtió duramente:

—Ahora ya lo sabe. Y no la haga caso. La mataremos gustosos. Igual que a su mujer y que a «Doc» Miller. Ah, pero antes la violaremos, como intentarnos con su esposa, Kane... Colgaron. Me quedé rígido, sin haber podido pronunciar una sola palabra. Mirando estúpidamente el teléfono. Luego, tras una indecisión, lo descolgué. Llamé a Homicidios.

Se puso McDowall. Me pregunté cuándo dormía aquel hombre.

—Soy yo, Kane —le dije—. Acabo de recibir una llamada. Han raptado a María Ryker. La tienen en su poder. Lo confirmaron. Ella me ha hablado. La matarán si no salgo del país antes de doce horas por una larga temporada.

—¿Y qué piensa hacer, Kane? Nosotros vamos a buscarla enseguida, adoptando toda clase de precauciones...

—Tendré que obedecer. No quiero que otra mujer muera por mi culpa.

—Como quiera, Kane. Es decisión suya. Le tendré al corriente antes de ese plazo. Ah, en el coche de Yellberton hallamos una batería de recambio y unas bujías muy curiosas. Dentro estaban huecas... y repletas de saquitos de cocaína y heroína.

—Todo eso me tiene ahora sin cuidado, teniente —respondí—. Es la vida de María lo que me preocupa. Por el amor de Dios, hagan todo lo posible, pero sin cometer errores.

—Confíe en nosotros —prometió McDowall—. Todo consiste en descubrir el escondrijo habitual donde se reúne esa gente para cargar y distribuir la droga. Seguro que la tienen allí de momento.

Colgué. Todo eso importaba poco, si el lugar no era hallado. Me dejé caer en una butaca. Ya no podía dormir, y lo sabía. Me tomé dos cafés. Luego, no contento con eso, me serví un *scotch* seco, sin hielo. Me lo bebí de un trago. Me sentí mejor, pero no demasiado.

Empecé a pensar en todo desde el principio. En la muerte de Jenny, en los dos asaltos a mi casa, en la muerte violenta de Bo Starrett y Tim Nolan... En el asesinato de «Doc», en la agresión al doctor Miller, en mi enfrentamiento con Yellberton y su trágica muerte...

Y de repente, lo vi.

Fue como un fogonazo. Algo que permanecía dormido en mi cerebro despertó.

Y supe dónde podía estar prisionera María Ryker. Y otras cosas más que antes no había sospechado.

Miré a mi alrededor. Los zapatos de goma no hacían ruido. Mi cara tiznada no era demasiado visible en la oscuridad, así como tampoco mis manos enguantadas.

Había tomado todas las precauciones posibles para intentar la cacería. Ahora sólo faltaba que no estuviese en un error. La azotea elegida para saltar al edificio vecino era bastante accesible. Un gato grande y negro escapó veloz a mi paso, soltando un bufido. Caminé entre antenas de televisión y respiraderos, en dirección a la valla metálica de red que separaba una azotea de otra. Entre ambas, un abismo de una yarda, poco más o menos, con tres pisos de altura, era el obstáculo a salvar.

Salté ágilmente al otro lado. No hice ruido alguno.

Agazapado, me moví por la azotea en que ahora me hallaba, hasta encontrarme con una puertecilla metálica que, por fortuna, no estaba cerrada con llave. La abrí. Una angosta escalera conducía a los pisos bajos. Descendí, dejando atrás todas las viviendas. Llegué a la planta baja. Allí, un pequeño patio daba a unas ventanas con malla también metálica y postigos encajados. Pegué mi oído a una de ellas.

No tardé en oír voces. Hablaban apagadamente, pero en el

silencio de la madrugada eran perfectamente audibles. Me sorprendió captar una voz de mujer:

—... vamos, abre una botella, cariño. Tantas horas aquí acaban con la paciencia de una.

Vosotros, dejad a la chica. No la metáis mano.

Encajé las mandíbulas con rabia. Era fácil imaginar lo que sucedía. Los mozalbetes de la banda estaban poniendo sus manos sobre María, toqueteándola impudicamente. El recuerdo del intento de violación de Jenny me asaltó como un relámpago. Supe que sentía suficiente odio contra aquellos chicos como para triturarles entre mis manos.

Uno de los aludidos replicó algo abrupto, y la mujer se echó a reír, haciendo otro comentario que me irritó:

—Cuando ése Kane esté fuera del país, haced con ella lo que queráis. Después de todo, no va a volver viva a su casa, ¿no es cierto, querido?

Una voz ronca, que me resultó familiar, respondió a la mujer:

—Muy cierto. Esa chica nos delataría a todos. No puede salir viva de aquí. Entonces, muchachos, será vuestra para lo que queráis hacerle, pero no antes, ¿está bien claro? No quiero más errores como aquel del asalto a la mujer de Kane. Ése ha sido el origen de todos nuestros problemas.

Capté una especie de forcejeo, de gruñidos. María, amordazada, debía de reaccionar al oír eso.

—Ya oísteis al patrón —dijo la voz de mujer—. Estaos quietecitos. O largaos a dormir.

Nosotros dos podemos cuidar a la chica hasta el nuevo día.

—No, será mejor que se queden —dijo el hombre—. Con lo ocurrido en el hospital esta noche, puede ser peligroso que ellos dos anden por ahí, Sharon.

—No me hables de eso —la mujer llamada Sharon soltó una blasfemia impropia de una dama—. ¡Pensar que ese puerco de Kane ha liquidado también a Yellberton y ha terminado con el negocio que teníamos con el doctor Miller...!

—No habléis de eso —sonó una agria, aguda voz de muchacho—. ¡Mataré a Kane por lo que le hizo a mi tío Ian! ¡Le mataré, lo juro!

—Cierra el pico, Willie —le cortó la voz de hombre—. Tú no

matas ni ratas. Lo único que hiciste hasta ahora fue acuchillar a una mujer que nos ha traído más problemas que otra cosa. ¡Maldita sea! ¿Por qué se os ocurriría a vosotros intentar violar a Jenny Kane, y a ti empezar a meterle navajazos a la pobre mujer?

—Yo... ya sabes —dijo Willie—. Perdí los estribos. Me irritaron sus gritos. Y también le pasó igual a Tim. Por eso la acuchillamos...

Sentí un odio feroz, implacable, una rabia superior a todo otro sentimiento humano. Supe que si recordaba todo eso alguna vez, podría ser una bestia salvaje. Ahora lo sabía a ciencia cierta.

Willie Gilbert y Tim Nolan habían matado a Jenny. Pero fue Willie, el chico liberado bajo una triste fianza de quinientos dólares, quien inició el crimen por el más estúpido de los motivos. Fue Willie. Y estaba allí ahora. Vivo todavía. Libre, pavoneándose de su «hazaña». Me alegré de haber disparado contra el motorista del rifle, volándole la cabeza. Tim Nolan, al menos, había encontrado su castigo.

Dentro del refugio de aquellos desalmados continuaban las voces en tono bajo, ruido de botella y vasos, e incluso en tono menos audible todavía, la música o los boletines informativos de una emisora de madrugada. Comprendí cómo se habían enterado de los trágicos sucesos del Manhattan State Hospital.

Miré mi reloj en la oscuridad. Las cifras luminosas señalaban ya las cinco de la mañana. Resolví acabar con aquello cuanto antes. Ahora sabía que ausentarse, obedecer sus órdenes, era inútil. Iban a asesinar de todos modos a María. Más aún, antes de hacerlo, la violarían salvajemente.

Comprobé que mi Colt 38 y mi navaja estaban en los bolsillos. Otra herramienta brotó de mi negro anorak de nylon: unas afiladísimas podadoras de jardín.

Comencé, lenta y trabajosamente, la tarea de ir cortando la malla metálica con el menor ruido posible. Las podadoras, muy engrasadas, apenas si producían un leve chasquido intermitente, que sus voces y la radio, allá dentro, junto con el grosor de los postigos tras los vidrios, ahogaban considerablemente.

Aparté al fin el rectángulo entero de malla metálica. Ya sólo quedaba entre ellos y yo el obstáculo de vidrios y postigos. Antes de emprender mi acción nocturna, como en tiempos de nuestras maniobras de comandos de Vietnam, había medido todas las

posibilidades y previsto todas las circunstancias. Por eso utilicé ahora un diamante y una ventosa de goma. Corté un ancho trozo de vidrio que, sujeto a la ventosa, salió limpiamente, dejando el hueco ante la madera cerrada del postigo. Ya sólo quedaba abrir éste y penetrar en el recinto.

Era el momento crucial del plan. Si fallaba, si reaccionaban violentamente, María podía ser asesinada. Pero sabía ahora que su vida no sería respetada en ninguna circunstancia. Por tanto, había que jugarse el todo por el todo.

Mi último adminículo para atacar una entrada como aquélla, salió a la luz: una botella repleta de gasolina, bien taponada y con una mecha de trapos enroscados y empapados en el combustible.

Me aparté de la ventana. Medí bien la distancia. Encendí con un fósforo la mecha. La tela ardió bruscamente con gran llama, corriendo veloz hacia el tapón...

Arrojé el rudimentario explosivo contra las ventanas, con enorme fuerza.

El «cóctel molotov» se estrelló sobre la madera y reventó. Las maderas se incendiaron inmediatamente, entre estallidos de vidrios, y se agrietaron bajo el impacto de la explosión.

Yo salté vertiginosamente sobre aquel punto, pateándolo y lanzándome como una tromba al interior del recinto. Varias balas silbaron sobre mí y algunas me rozaron, sin producir ruido alguno, puesto que usaban silenciador. Mi cuerpo, atravesando las llamas, la madera rota y ennegrecida, cayó en medio de la estancia violentamente.

Me vi en medio de una ordinaria mujer rubia de grandes pechos y ceñidas ropas negras, una pareja de jovenzuelos con cazadoras de cuero y tejanos, y un hombre a quien conocía muy bien. Los cuatro empuñaban armas: la mujer, el hombre y uno de los chicos, pistolas automáticas con silenciador. Willie Gilbert, una navaja, su arma favorita.

Algo más allá, en un camastro, atada y amordazada, descubrí a María. Sus ojos me miraron con patético temor y esperanza...

Disparé desde el suelo, sin contemplaciones. Mi Colt rugió estruendoso en medio de las llamas que lamían la ventana con un sordo crepitar. La rubia Sharon gritó, con su mano destrozada, perdiendo el revólver.

Luego disparé sobre el muchacho armado de pistola, que reculó, gritando con voz sorda, y llevándose las manos al vientre, donde clavara mi bala. El hombre que era el jefe del grupo, me encañonó con su pistola, dispuesto a volarme la cabeza, y Willie Gilbert, con rostro congestionado de ira, saltó sobre mí, para clavarme su navaja...

No sé si hubiera podido con todos, o aquélla hubiera sido la última gesta de Harry Kane. Nunca lo sabré, porque en ese momento, estalló la puerta en pedazos, y aparecieron en el umbral hasta media docena de policías armados de revólveres y rifles, y capitaneados por un virulento teniente McDowall, esgrimiendo su revólver reglamentario, que disparó sobre el jefe del grupo. Le rompió el brazo a la altura del codo, y el tipo soltó el arma, empezando a quejarse lastimosamente, con la sangre corriendo hasta sus dedos ya vacíos.

Yo pude trabar a Willie Gilbert con mis piernas, y lo derribé al suelo aparatosamente, cuando se disponía a clavarme su afilada navaja en el cuello. Cayó de un modo raro. La navaja quedó entre sus dedos, y al desplomarse sobre ella, vi con horror cómo la totalidad de la hoja se clavaba debajo de su mentón con la misma facilidad que si fuese en un trozo de mantequilla. Su atroz berrido y su estertor, desorbitando los ojos, revelaban a las claras su rápida y tremenda agonía.

La policía llenaba ya el local, donde abundaban las cajas de material de repuesto de automóviles de todo tipo. Miré con expresión de desprecio y rabia al hombre herido que era esposado ahora por dos agentes. Sus ojos también me miraron a mi coléricos, impotentes.

—Lo logré, Dunaway —dije—. Logré acabar con todos ustedes.

Gordon Dunaway, el único testigo del crimen de mi mujer, no dijo nada. Soltó una sarta de blasfemias, y fue conducido a la salida, junto con su amiguita rubia. McDowall meneó la cabeza, mirándome con disgusto.

—De modo que usted lo sabía, Kane, y no lo dijo. Quiso hacer el papel de héroe...

—Era sólo una suposición. Al hablarme usted de bujías y baterías llenas de droga me acordé del negocio de Dunaway, de su raro comportamiento como testigo... Había contradicciones en sus

palabras. Siempre pensé que lo había visto todo desde su casa, pero su mujer me dijo que fue regresando de su negocio. Ése negocio era de repuestos de automóvil. ¿Y si no estaba trabajando en el negocio, y sí con la pandilla de jovenzuelos? Éstos trabajaban para él, para Yellberton y Yates... pero cometieron el error de atacar a una mujer y matarla. Dunaway entonces fingió ser testigo de ello, simplemente, y les hizo que amenazaran telefónicamente a su mujer, para justificar su negativa a testificar. Diciendo que Willie Gilbert formaba parte del grupo, pero que la luz iluminaba claramente su rostro, le dejaba al margen de sospechas de ser el directo autor del asesinato, como así era. Una jugada maestra para que él mismo, Dunaway, que a espaldas de su mujer mantenía a esa amante suya, Sharon, quedase fuera de toda sospecha. Un testigo rara vez es mezclado con los personajes de un delito...

—De todos modos, cometió un error al querer actuar solo —me reprochó McDowall—. Lo hizo bien, pero quizás no hubiese podido con todos ellos. Por fortuna, yo tenía montado ahora un discreto y hábil servicio de vigilancia de su persona, día y noche. Y nos bastó seguirle hasta aquí. Mis hombres me llamaron, y acudí, para ayudarle a salir del atolladero.

—Lo cierto es que lo logró, teniente —dije con un suspiro, mientras desataba las ligaduras de María junto con uno de los agentes de Homicidios—. Gracias por todo, McDowall.

El policía gruñó algo entre dientes, ocupándose del cuarto miembro del grupo. Un jovenzuelo que no era, ciertamente, aquel Budd Dillman presuntuoso y con emblema nazi, de quien yo sospechara. Posiblemente, aquél ni siquiera tuviese nada que ver con esta odiosa pandilla. Supe luego que el cuarto miembro del grupo, el que iba herido en el vientre por una bala mía, se llamaba Mike Hartley y era un peligroso drogadicto. Se salvó de mi disparo, pero pasó a un correccional del Estado.

Dunaway confesó todo. El concejal Thornton R. Yates fue arrestado y, acusado de gravísimos delitos, despojado de todos sus atributos políticos y sentenciado a quince años de prisión.

Pero todo eso ocurrió más tarde. Yo estaba ahora con María en mis brazos, sollozando amargamente. Me besó, y sentí un estremecimiento al sentir sus labios en los míos. La miré. Las lágrimas corrían por su rostro. Tomé su carita con una de mis

manos, la miré lealmente a los ojos y le dije con severidad.

—Escucha, María: te llevo diez años. Tal vez sean muchos, tal vez no. Te pediría ahora que te casaras conmigo, pero no puedo. Jenny vive aún en mi recuerdo. Deja que vaya quedando atrás todo eso. Nunca la olvidaré del todo, pero al menos hay que permitir que las heridas cicatricen. Sí sientes algo por mí, María, espérame un tiempo. Quizás entonces, todo sea distinto. Ahora, no. No podría, créeme.

—Lo sé, Harry —me dijo, sin pestañear, sin quitar sus ojos de los míos—. Lo sé. No puedes ser de otro modo. Siento algo muy profundo por ti, pero tienes razón. No es tiempo aún de hablar de ello. Sólo puedo prometerte una cosa, Harry: te esperaré.

Asentí.

—Gracias, María —murmuré—. Gracias. Sé que esa espera, no será en vano...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

